

HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

V

SUMARIO:

ENSAYOS DE ANTONIO MACHADO, JOSÉ BERGAMIN Y RAFAEL DIESTE. POEMAS DE RAFAEL ALBERTI, JUAN GIL-ALBERT Y LEON FELIPE. NOTAS DE A. SERRANO PLAYA, A. OSSORIO Y GALLARDO, J. GRAU, MAX AUB, M. ALTOLAGUIRRE Y R. GAYA. DIAS DE JULIO, POR A. SÁNCHEZ BARBUDO.



Viñetas de Ramón Gaya.

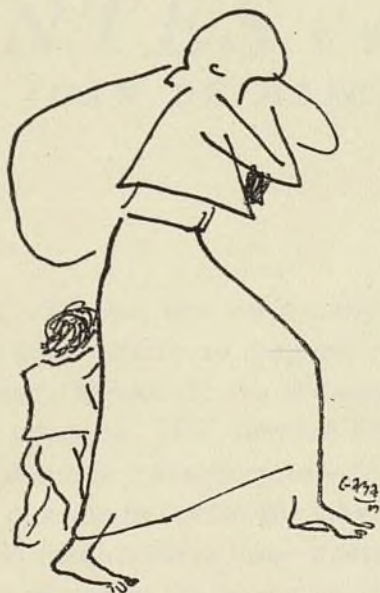
Valencia, Mayo, 1937.

HORA
DE
ESPAÑA

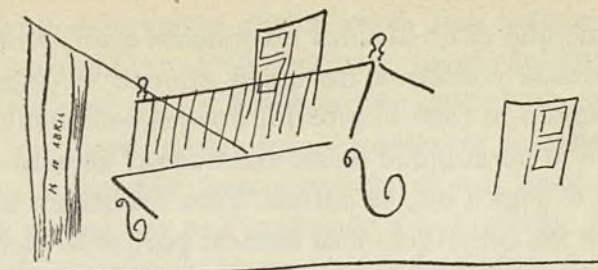
HOJA
DE
ESPAÑA

Tipografía Moderna, Avellanas, 9 - Teléfono 11062 - Valencia.

ENSAYOS
POESIA
CRITICA



*AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR*



APUNTES Y RECUERDOS

DE JUAN DE MAIRENA

A D. TOMÁS NAVARRO

SOBRE LA VOZ. «*Hombre necio habla recio*, dice un proverbio popular, de cuyo total acierto no respondo: porque he conocido a hombres nada huecos de voz tonante, y a más de un gznápiro de voz apagada. Mas siempre he desconfiado de la voz desmedida—sobrada o insuficiente—de quien no calcula bien la distancia que media entre sus labios y los oídos de su interlocutor. En la medida de la voz—como en la medida de tantas cosas—son maestros los franceses, entre quienes pudieran muy bien nuestros actores aprender lo más elemental de su oficio».

A causa de esta nota, fué acusado Mairena por cierto erudito, un tanto malicioso, de hombre que pretende encubrir su propia insuficiencia auditiva. Y la nota, en efecto, pudiera ser de un sordo vergonzante, a quien irrita la voz normal de su

interlocutor, que él no alcanza claramente a oír, y, no menos, la voz reforzada y chillona de quien conoce su secreto, y lo revela, gritando, a todo el mundo. Porque esto tiene el sordo, que explica la perennidad de su mal humor: cuando no oye se entristece; si llega a oír, se enfada. Pero los hechos no siempre dan razón a las conjeturas más sutiles: porque lo cierto es que Mairena fué un hombre de oído finísimo, de los que oyen—no ya sienten—crecer la hierba.

Sin embargo, para un psicólogo *behaviorista*, algo había en Mairena que podía explicar la opinión de sordo, y hasta de sordo intelectual en que algunos le tuvieron: la lentitud y el desorden de sus reacciones o reflejos fonéticos.

Mairena, en efecto, tardaba en contestar cuando se le hablaba, y, alguna vez, ni contestaba siquiera. Pero la verdadera explicación de todo esto debe buscarse no sólo en los olvidos, arrobos y ensimismamientos que le eran habituales, sino también, y sobre todo, en su costumbre de someter a lazareto de reflexión las preguntas que se le dirigían, antes de contestarlas. Esto llegó a irritar más de una vez a su tertulia, y no faltó quien le gritase: ¿no me ha oído usted!!! A lo cual respondía Mairena con frase, en apariencia, de sordo atrabiliario: porque lo he oído a usted, precisamente, no le contesto.

*

Sobre el sonido de nuestra propia voz—escribe Mairena en sus cuadernos inéditos—quiero recordar esta fina observación de Federico Nietzsche: *A veces, en la conversación, el sonido de nuestra propia voz nos causa una cierta inquietud y nos lleva a afirmar cosas muy contrarias a nuestras opiniones.* El hecho, cuya causa no indaga Nietzsche, es cierto. Y aún pudiéramos añadir

que ello explica el rubor que a veces nos invade al oírnos hablar, y sorprendernos en flagrante delito de insinceridad; como explica también un fenómeno de apariencia contraria: la seguridad y refuerzo de su propia insolencia que adquiere, al escucharse, el hombre fresco y vacío, el cual encuentra en el tono de su propia voz una invitación a la oratoria, y hasta un comienzo de elocuencia. Porque en ambos casos se produce la ilusión de ser otro el que habla por nuestros propios labios, lo que, si a unos avergüenza o entristece, a otros halaga, con la esperanza de llegar a emitir conceptos que no sean demasiado estúpidos.

*

Ganar amigos. La fama de sordo que padeció Mairena en los últimos años de su vida llegó un día hasta la trompetilla o cucharón acústico de un sordo auténtico, el cual, con ese tono de aparte de teatro que suele acompañar a la sordera, exclamó: Ya lo había yo sospechado. ¿Y qué habrá, en efecto, que un sordo no sospeche? Cuando Mairena lo supo, se dedicó a simular levemente la sordera, en sus diálogos con el sordo, en parte por lo que él consideraba un cuasi deber de cortesía, en parte —decía él— por conservar a aquel buen hombre la ilusión de tener entre sus compañeros de infortunio a una persona relativamente distinguida.

*

Mairena no era, en verdad, un nombre modesto; pero no aceptó nunca la responsabilidad de las afirmaciones rotundas, ni aún tratándose de su propia honorabilidad.

—Porque yo—dijo un día en clase—, que he vivido, hasta la fecha, con relativa dignidad...

—Relativa no, maestro—le atajó un discípulo—, ¡absoluta!
 —Porque yo—corregía Mairena—, que viví hasta la fecha con una decencia tan considerable, que obtuvo, alguna vez, la hiperbólica reputación de absoluta...

*

Sobre las paradojas. Dos formas hay de enunciar las paradojas, que recomiendo a vuestra reflexión, por si algún día dais en paradojistas: La primera es la dogmática y rotunda, cínicamente engastada entre silogismos, la calderoniana, siempre impresionante.

Ejemplo:

*Porque el delito mayor
 del hombre es haber nacido.*

La segunda es la popular, más graciosa y sutil, que ni siquiera parece paradójica, la del gitano que ahorcaron en Ubeda, sin otro delito—decía él—*que haber venio a este mundo*. Tras la paradoja calderoniana, hay toda una teología muy bien sabida, y están las aulas de Salamanca y de los Estudios de San Isidro; en la frase del cañí, toda una experiencia vital, y el análisis exhaustivo de una conciencia, a la hora de la muerte. Si me preguntáis cuál de estas dos maneras de expresar lo paradójico es la más poética, os contestaré: eso va en gustos; para mí, desde luego, la del gitano.

*

Decía Federico Nietzsche que la ventaja de una mala memoria consiste en poder gozar varias veces de una misma cosa, por primera vez. La frase—comentaba Mairena—es ingeniosa y, *sin embargo*, no es ninguna tontería.

*

Dos cosas importantes ha de saber el poeta: la primera, que el pasado no es sólo imperfecto, como ya se ha dicho con sobradas razones, sino también perfectible a voluntad; la segunda, que el olvido es una potencia activa, sin la cual no hay creación propiamente dicha, como se explica o pretende explicarse en la metafísica de mi maestro Abel Martín.

*

Mairena, crítico de teatros. Nuestros actores que, en general, no carecen de inteligencia, suelen entender lo que dicen, pero muy rara vez lo sienten. Y es su inopia sentimental lo que les lleva a simular el sentimiento, exagerando sus gestos exteriores. Pero un sentimiento simulado es algo tan insoportable en el teatro como fuera de él. Sólo nuestro gran Antonio Vico logra, en momentos determinados, el perfecto ajuste del gesto y la palabra, su coincidencia exacta en la expresión *teatral* de una emoción *auténtica*. En estos momentos inolvidables, es Antonio Vico el actor más grande que ha pisado nuestra escena. (De un artículo de Mairena, publicado en *La Venencia de Jerez*, 1900.)

*

La ineptitud de nuestros profesionales de la crítica teatral —Mairena alude a los de su tiempo— ha convertido a más de una fina actriz de comedia en máscara *destrozona* de la tragedia.

*

Cuidado, niña—decía Mairena a una joven actriz, descaminada por la crítica—, que no basta berrear para ser trágica. Y hasta convendría no berrear. En último caso, hay que sentir lo que se berrea.

*

*Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía:
también la verdad se inventa.*

Estos versos—de un coplero sevillano, que vaga hoy por las estepas de Soria—deben ser meditados por nuestros actores, los cuales no aciertan con el más leve acento de verdad cuando representan personajes que, como Hamlet, Segismundo, Don Juan, no pueden ser *copiados*, sino que han de ser, necesariamente, *imaginados*. (Recortado de «El Faro de Chipiona», 1907.)

SOBRE LO ORDINARIO

Siempre he oído decir—habla Mairena a sus alumnos—que las personas ordinarias dicen: *mi señora*, cuando aluden a la propia consorte, y las personas distinguidas, en el mismo caso: *mi mujer*. El hecho es cierto y, como tal, no lo discuto. Sin embargo, una persona distinguida, que no sea demasiado ordinaria, tendría algo que oponer al hecho mismo, si tratásemos de convertirlo en norma universal de buena crianza. Reparad en lo mal que suena la expresión: *mi hombre*, proferida por una mujer, que no haya perdido totalmente la vergüenza. Porque aquí el posesivo degrada al sustantivo, sin la menor compensación. *Mi hombre*, parece querer decir: el hombre que tengo yo para mi uso personal y exclusivo. Nuestro orgullo masculino se subleva, no lo dudéis. ¿Pensáis vosotros que la mujer no tiene el menor derecho a sublevarse contra una expresión equivalente? Aunque así lo penséis, y yo os lo conceda, que es mucho conceder, habréis de convenir conmigo en esto: el hecho de que la familiaridad no engendre el menosprecio, y

que la mujer de nuestra mayor intimidad, y la más desdichada, en cuanto comparte nuestras horas más tristes, sea enunciada en términos de castidad y de respeto, no es una prueba de ordinariez, sino de modestia, de piedad y de cultura que suelen dar las personas ordinarias, para ejemplo y edificación de las distinguidas.

*

Lo que hubiera dicho Mairena el 14 de abril de 1937.

Hoy hace seis años que fué proclamada la segunda República española. Yo no diré que esta República lleve seis años de vida; porque, entre la disolución de las ya inmortales Cortes Constituyentes y el triunfo en las urnas del Frente Popular, hay muchos días sombríos de restauración picaresca, que no me atrevo a llamar republicanos. De modo que, para entendernos, diré que hoy evocamos la fecha en que fué proclamada la segunda gloriosa República española. Y que la evocamos en las horas trágicas y heroicas de una tercera República, no menos gloriosa, que tiene también su fecha conmemorativa—16 de febrero—y cuyo porvenir nos inquieta y nos apasiona.

Vivimos hoy, 14 de abril de 1937, tan ahincados en el presente y tan ansiosamente asomados a la atalaya del porvenir que, al volver por un momento nuestros ojos a lo pasado, nos aparece aquel día de 1931, súbitamente, como imagen salida, nueva y extraña, de una encantada caja de sorpresas.

¡Aquellas horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el más puro lino de la esperanza, cuando unos pocos viejos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia!... Recordemos, acerquemos otra vez aquellas horas a nuestro corazón. Con las primeras hojas de los chopos y las últimas

flores de los almendros, la primavera, traía a nuestra República de la mano. La naturaleza y la historia parecían fundirse en una clara leyenda anticipada, o en un romance infantil.

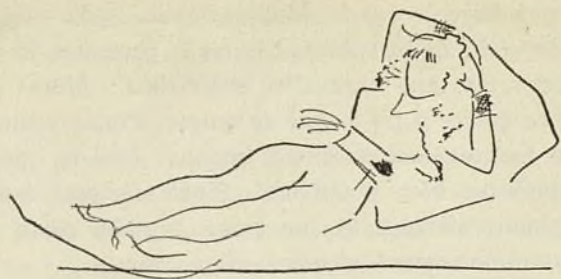
*La primavera ha venido
del brazo de un capitán.
Cantad, niñas, en corro:
¡Viva Fermin Galán!*

Floreecía la sangre de los héroes de Jaca, y el nombre abri-
leño del capitán muerto y enterrado bajo las nieves del invier-
no, era evocado por una canción que yo oí cantar, o soñé que
cantaban los niños en aquellas horas.

*La primavera ha venido
y Don Alfonso se va.
Muchos duques le acompañan
hasta cerca de la mar.
Las cigüeñas de las torres
quisieran verlo embarcar...*

Y la canción seguía, monótona y gentil. Fué aquel un día
de júbilo en Segovia. Pronto supimos que lo fué en toda Espa-
ña. Un día de paz, que asombró al mundo entero. Alguien, sin
embargo, echó de menos el crimen profético de un loco, que
hubiera eliminado a un traidor. Pero nada hay, amigos, que
sea perfecto en este mundo.

ANTONIO MACHADO.



PINTAR COMO QUERER

(GOYA, TODO Y NADA DE ESPAÑA)

«No tengo ya vista, ni pulso; no tengo pluma, ni tintero; pero me sobra con la voluntad (me queda sobrada voluntad)»—decía Goya en vísperas de su muerte. ¿Con la voluntad? Alguna vez dije que el genial pintor aragonés pintaba con el corazón, «con el corazón en la mano». Y que con el corazón en la mano no se puede pintar o se pinta mal. Hoy debo rectificar, ampliándola, esta primera afirmación mía. Con el corazón en la mano se pinta bien y mal; se pinta muy mal, y muy bien. Como pintó Goya. Porque con el corazón en la mano se pinta como se quiere. Goya pintaba así: como quería. Le sobraba con la voluntad: hasta ya sin vista, sin pulso, sin pluma ni tintero. Con la voluntad, con el corazón, se pinta con sangre. Pintar con sangre como escribir con sangre, no solamente significa sinceridad, viva sinceridad humana; significa que esta sinceridad se arraiga en una voluntad profunda, en esa que decimos los españoles, voluntad santísima. Para un español, en el sentido popular de la palabra, hacer *su santísima voluntad* es hacer lo que quiere: lo que más hondamente quiere: *lo que le da la gana*. Y a esta gana se la llama también *real*. Cuando quiere hacer lo que más poderosamente quiere, dice el espa-

ñol popular que *hace lo que le da la real gana*. ¿Es esto su *capricho*? Pues a este *capricho* de la voluntad humana pertenece lo que el pueblo español designa con una expresión exactísima: *pintar como querer*. *Pintar como se quiere* y no *lo que se quiere*. *Pintar como la real gana* exige: como la *santísima voluntad* impone. Fué lo que hizo Goya: y por eso pintó tan bien y tan mal. Pintó siempre *como quiso*, aún cuando no pintara siempre *lo que quiso*; pintaba *como quería*, siempre; aún cuando no pintara, siempre, *lo que quería*.

Pintar como querer. Y querer con *santísima voluntad*, con *realísima gana*, eso hizo Goya. Pintando con el corazón en la mano, con esa voluntad de la sangre entre los dedos, pintó lo que más quiso; y lo que menos, lo que no quería; pero pintó *como quería*. Pintó con sangre, con su sangre: pintó *de verdad*.

Se ha dicho que el pueblo español no sabe nunca lo que quiere, porque sabe siempre lo que no quiere. Que a fuerza de no saber lo que quiere, aprende a saber lo que no quiere. Y en eso consiste el capricho. En esto, el ser, como los niños, caprichoso. El capricho de la voluntad en el hombre, lo más voluntarioso del hombre, es esa infantil arbitrariedad negativa. El hombre, el pueblo, empieza por afirmarse caprichosamente por la negación. Con tal de hacer su voluntad, y por hacerla solamente, puramente, el hombre, el pueblo, se hace, como el niño, caprichoso, voluntarioso. *Pintar como querer*, es pintar voluntaria o voluntariosamente: caprichosamente. El hombre que hace *su capricho* hace lo más puramente voluntario que puede hacer, lo más hondamente voluntario. Acaso lo más profundamente humano. Su *voluntad santísima*. Su *realísima gana*. Lo más verdadero de su ser.

Lo difícil, lo grave, no es que lo haga, sino que lo haya podido hacer. Lo que importa no es que lo hace, no es lo que hace, sino *cómo* lo hace. *Cómo* se hace la voluntad humana, caprichosa. *Cómo* se hace *santísima*. *Cómo* por pura voluntariedad se hace el puro capricho. *Cómo* se hacen las cosas humanamente por *realísima gana*. *Cómo* por *santísima voluntad* se hace divinamente todo. Todo y nada. Todo o nada.

Cómo y por qué pintaba Goya. *Cómo* pintaba caprichosamente,

voluntariamente. Cómo pintaba libremente y necesariamente, a la vez, como pintó. Cómo pintó en *su tiempo*. Cómo pintó *su tiempo*.

* * *

«El tiempo también pinta», nos decía Goya. Pues ¿qué pinta el tiempo? ¿Qué tiene que ver con la pintura o en la pintura, el tiempo? ¿No es, en cierto modo, la pintura, negación del tiempo? El tiempo, la historia, no pintan nada. ¿Qué caprichosa afirmación es ésta? ¿Caprichosa, disparatada? ¿No es la pintura, caprichosamente, un puro contratiempo disparatado?

Demos por buena la afirmación goyesca y preguntemos, si el tiempo también pinta, ¿cómo pinta? ¿Pinta como Goya? ¿Pinta como *quiere*?

La pintura de Goya en este tiempo nuestro parece, más que nunca, querérsenos meter por los ojos.

¿Por qué? Quisiéramos saberlo. Y también cómo.

* * *

Capricho, Desastre y Disparate, forman la trinidad definidora de esa verdad clarísima del tan caprichoso, desastrado y disparatado español; la santísima y realísima expresión perfecta de su gana, de su apetencia viva de la verdad. *Capricho, Desastre, Disparate*. Tres cosas distintas, claras y distintas, y una sola voluntad verdadera de pintar.

Tratemos de averiguar ahora, o de plantear, nuevamente, el verdadero enigma de esa voluntad misteriosa, de esa voluntariedad desastrosa, caprichosa, disparatada. El misterio humano, humanísimo, de esa oscura y clara trinidad.

* * *

¿El tiempo también pinta?

El tiempo es el pintor pintado.

Goya empezó, en su tiempo, a tratar de pintarle a él; empezó haciendo pintura del tiempo, pintura de historia. En su tiempo era una pintura obligada. Pintura teatral. Un cuadro de historia era naturalmente y por principio, por paradójico principio, un cuadro *sin histo-*

ria; sin historia propia, sin auténtica temporalidad. Una pintura representativa de ese modo, era una abdicación *histórica* de la pintura; de la voluntad del pintor; de la voluntad de pintar. Una caprichosa negación de la pintura misma. ¿Caprichosa, desastrosa y disparatada?

«La historia y la poesía, todo puede ser uno»—había escrito Lope. La poesía, más verdadera que la historia, ¿convertirá el cuadro de historia en cuadro de poesía?, ¿la pintura de historia en pintura de poesía? O sea, en pintura de verdad. Porque *todo puede ser uno*, en el tiempo, y aún por el tiempo, para el hombre. *Todo puede ser uno*, la historia y la poesía, el tiempo y la pintura, en el hombre, por él y para él. Esta humanización del arte de pintar—arte poético y no histórico, esto es, revolucionario y no evolutivo—, es la primera verdad, no sé si desastrada o desastrosa, pero, desde luego, disparatada, caprichosa, de nuestro Goya; la que caracteriza su pintura como pura voluntariedad; como capricho; al contrario de la de Velázquez, por ejemplo, característica por su pura representación; pintura fatal. Como pura representación, la pintura de Goya es siempre desastrosa o desastrada, disparatada, caprichosa. Como pura voluntariedad es asombrosamente exacta, justa, precisa, creadora; inventiva; fantástica. Monstruosamente genial. Porque se genera en el tiempo. Monstruosa y no laberíntica como lo es la de Velázquez: laberínticamente genial, al engendrarse en el espacio.

Goya empezó a temporalizar sus historias pintadas humanizándolas de verdad. Esto es lo que se ha llamado, equivocadamente, psicología. Goya, pintor de retratos, o sea, pintor del hombre temporal, no es un psicólogo, es todo lo contrario: es un poeta; quiero decir que es un verdadero pintor. No hace laberintos, hace monstruos. Pero monstruos humanos. Sueños de razón. De razón de soñar. «Si el sueño de la razón produce monstruos —dije alguna vez—, la razón de soñar hace laberintos que los encierran, que los aprisionan.» Goya quiso también hacer su jaula, como Velázquez. Su laberinto racional. Y estudió o imitó a Velázquez, probablemente en vano. En la más profunda dimensión de la vanidad velazqueña.

Los monstruos más disparatados y caprichosos de toda la pintura goyesca son, probablemente, los enjaulados: sus retratos. (La Chin-

chón. María Luisa. Las majas.) Cualquiera. Basta tener ante los ojos a la familia suprarreal de Carlos IV: el desastre real de una humanidad disparatada pintado, caprichosamente, con la más monstruosa familiaridad.

La voluntariedad revolucionaria de nuestro Goya se expresa con la misma fuerza, o quizás con más, cuando lo hace *con delicadeza* extremada; con aparente —pinta como quiere— suavidad.

* * *

«¡ Tiempos de mudanzas llenos
y de firmezas jamás !»

¡ Qué firme, sin embargo, la veleta *en tomarle el aire* a la mudanza ! Como la voluntad humana. A Goya podía aplicar exactamente mi pensamiento cuando llegué a decir que «en la variación está el gusto de la eternidad».

¡ Qué firme, segura y gustosa eternidad—tiempo, tiempo y tiempo, plenitud de los tiempos—en la variación permanente de Goya; en esa su *realísima gana y santísima voluntad* de variar ! En su caprichoso, desastroso y disparatado arte español, independiente y revolucionario, de pintar.

* * *

Ya en nuestro siglo xvi, había escrito uno de los más sagaces comentaristas del teatro popular de Lope—«teatro español, independiente y revolucionario»—o sea, caprichoso, desastroso y disparatado : en una palabra, *proverbial*—ya, desde entonces, digo, estaba escrito, por un lopista valenciano, aquello de que «la cólera española está mejor con la pintura que con la historia; porque una tabla o lienzo *de una sola vez* entrega cuanto tiene, mientras que la historia se ofrece al entendimiento o juicio con más dificultad».

¡ La cólera española ! Pues ¿qué?, ¿no es toda la pintura goyesca respuesta adecuada a esta cólera ? Como lo fué el teatro de Lope. Sus tablas o lienzos *de una sola vez* entregan cuanto tienen. Sin dificultades, ni historias. La cólera española, ¿no es la causa, el principio y

la unidad revolucionaria de nuestro pueblo? ¿Su humana, viva, verdadera, disparatada, desastrosa, caprichosa, voluntariedad? ¿Su *realísima gana*? ¿Su *voluntad santísima*?

Goya es la revelación revolucionaria de nuestro pueblo. Su verdad que salta a los ojos. Por eso ahora la vemos tan claramente. Por eso dije que ahora, más que nunca, se nos quiere meter por los ojos.

«Vivir para ver», dice el proverbio. Y ver para creer, decía la incredulidad: que si es española y colérica, impaciente, añade: creer para querer; y no al contrario. Querer para pintar; para crear. Para pintar como se quiere. Nuestro pueblo español, independiente y revolucionario, dice, llama a eso: como Dios. En la pintura, o por la pintura, querer es crear.

Así pintaba Goya *tan divinamente* lo humano. Lo *demasiado humano* (Capricho. Desastre. Disparate): divino *más que nada*; como *todo*.

* * *

De la voluntad de la nada se origina en el hombre, involuntariamente, la creación. Involuntaria y divinamente. Por *realísima gana*, por *voluntad santísima*. O sea, como Dios.

La personalidad pictórica de nuestro Goya consiste precisamente en esto: en ser la negación voluntaria o voluntariosa, apasionada, de la propia personalidad. El pintor se niega a sí mismo como voluntad personal, es decir, como máscara engañosa de una voluntad particular, para encontrarse, perdido, en esa otra voluntad más profunda, que deja de ser suya, en esa totalizadora voluntad de la creación que es *voluntad santísima*. El pintor se vuelve contra sí mismo, o se revuelve contra su propio ser, para traspasarle de apetencias vivas, de querer puro de las cosas por sí mismas y por sí solas, de esa *realísima gana* de verdad, de verdades claras.

Y disparata. Se dispara por todo. Contra todo. Desastrosamente. Caprichosamente. A sabiendas de que «al ponerle márgenes al resplandor, más que lisonjea agravia la claridad», como diría el comentarista calderoniano. Y como dijo el propio Calderón:

«¿a quién quedarán recelos
viendo verdades tan claras?»

Las verdades más claras de España son las populares que nos pintó Goya. Tan claramente, por el preciso agravio que a su resplandor pusieron sus márgenes de sombra. No hay pintura más clara para los ojos, como para el entendimiento—para el entendimiento humano de lo español—que la oscura y clara, la negra o roja, blanca o coloreada, del enorme Goya. Si no es, andando el tiempo, la del no menos caprichoso, desastrado y disparatado Picasso. La que ha sido y, sobre todo, la que será —pues quisiera decir, de paso, que considero la pintura de Picasso, hasta hoy, como una introducción a su obra futura—. Es, para mí, Picasso, el verdadero pintor independiente y revolucionario —*español*— del porvenir. De un inmediato porvenir que nos lo ofrece como el pintor actual de más generador porvenir, de plenitud futura. Como a nuestro pueblo español que tiene entre sus manos ahora el porvenir del hombre.

Del disparatado español Goya al no menos español y disparatado Picasso, hay, a mi juicio, solamente un paso. El del entendimiento revolucionario de lo español. Pues sin entendimiento de la revolución española —o sea, de la verdad de nuestro pueblo— no hay posibilidad, para mí, de entender, ni humana ni divinamente, ninguna de estas dos pinturas.

Nuestra actual *guerra de la independencia española*, dará a Picasso, como le dió a Goya la otra, la plenitud consciente de su genio pictórico, poético; creador. Pues la pintura de Picasso nos expresa, como la de Goya, esa independencia revolucionaria de todo, que empieza por abrir las tumbas ante la nada de la muerte, para arrancar de ella la totalidad de su creación. Caprichosa. Desastrosa. Disparatada.

(El paralelismo Picasso-Goya pude comprobarlo recientemente ante el estupendo retrato del editor Wollard y las viñetas escarnecedoras de la «Historia del general Franco», verdadera ejecución moral del traidorzuelo.)

El entendimiento de España está, como su corazón, como su sangre, entre los dedos que pintaron sus verdades vivas tan claramente. Los de Goya nos dejaron, a veces, como los de Picasso, la huella poderosa de

su caprichosa voluntad. Las visiones goyescas desentrañan la vida popular española, marginando sombríamente el resplandor divino de su verdad, de su revolucionario entendimiento. Misterio luminoso y profundo de esa trinidad expresiva que señalábamos al principio como el enigma vivo de su sangre, de su corazón, de su realísima y santísima voluntad. De su genial capricho.

«No sabe lo que espera ni lo que quiere», nos dice de Goya, Moratín. No sabe lo que espera ni lo que quiere, de verdad, nunca el hombre. Pero sabe lo que no quiere y lo que no tiene que esperar. Sabe que no hay que querer ni que esperar *nada* de la muerte. La nada de la muerte. No querer *nada*, no esperar *nada*, es quererlo y esperarlo *todo*. No querer ni esperar nada de la muerte, es querer y esperarlo todo de la vida.

El pueblo no sabe lo que quiere ni lo que espera hasta que le ponen delante de lo que no esperaba ni quería. Su libertad, su independencia, su verdad en peligro. El riesgo de su vida. El pueblo español, en *Madrid*, el 2 de mayo de 1808 y el 8 de noviembre de 1936, sabe lo que quiere y lo que espera. Aprende a saber y a esperar. A hacer tiempo de veras.

* * *

Hacer tiempo significa para los españoles esperar. Y del esperar dice el pueblo español que se desespera. Pues del desesperar y deshacer el tiempo, se hace de nuevo —y de nuevas— la esperanza. Esperanza de *todo* nacida de la desesperación de la *nada*. Como la luz de las tinieblas. El día engendrado dolorosamente en esa noche—«alegre más que el alborada»— es como aquel «parto de desvelo» de nuestro poeta, que rompe el existir del pensamiento. La luz se expresa claramente por una sombra oscura. Se expresa, se define. La negación viva de la sombra es determinante generadora de la luz aparente. La llama guarda en su centro vivo, como el hombre, un punto de tiniebla oscuro, que es su corazón mismo. La línea oscura de la muerte enciende claramente la vida: y es su margen sombrío, al agraviarla de ese modo, lo que mejor la expresa.

De la pintura *negra* de Goya dijo la crítica que no era *nada*, que *nada* parecía. A la *nada* se parecía: entrañada de *todo*. «No hay líneas,

no hay masas, no hay colores»--dice un crítico, de esa pintura goyesca-- : «es el desastre de la pintura». Y es verdad : *desastre, capricho y disparate*. La verdad humana de nuestro más vivo pensamiento.

* * *

El hambre de verdad—su *real gana*—, le lleva al español hasta quererla de tan desnuda, despojada de su propia carne, descarnada, en los huesos. Esos verdaderos despojos vivos son en Goya, como en Quevedo, Gracián o Calderón, *disparate* clarísimo : el del *sueño de la razón* que engendra monstruos verdaderos. Pero también en Goya, como en Santa Teresa, Cervantes, Lope, *la razón de soñar* puebla este mundo de verdaderos monstruos, de amorosos fantasmas.

Parece como si en la pintura de Goya convergiesen estas dos grandes corrientes populares de nuestro pensamiento más vivo. La de los que soñaron su razón (Lope, Santa Teresa, Cervantes), y la de los que razonaron o racionalizaron su sueño (Calderón, Quevedo, Gracián). Ese paralelismo que de este modo puede establecerse entre el teatro de Lope y el de Calderón ; las «Moradas» de Santa Teresa y los «Sueños» de Quevedo ; el «Quijote» y el «Crítico» ; como anverso y reverso de una misma voluntad poética, creadora ; o mejor, como encarnadura y esqueleto de un mismo hombre, de una viva imagen de la verdad humana ; ese paralelismo, digo, converge o confluye en nuestro Goya, como en un solo hombre, en quien se origina de este modo, la plenitud de nuestro porvenir popular por integrarse en la conjunción viva, entera y verdadera de su pasado.

Estas dos vertientes populares de nuestro pensamiento hacen *punte* de Goya en nuestra España. En cualquier aspecto detallado que examinemos de su arte, encontraremos la dualidad profunda en que se expresa. Sólo que en esta dualidad que decimos no hay contradicción personal dramática. Como no la hay en el «Quijote», ni en ningún otro de los poetas señalados. Hay todo lo contrario. Hay *todo y nada*. Empeño lírico, creador, como superación del hombre por el pueblo. Como el de dos vidas paralelas que no se verifican, superadas, sino al dejar de serlo por juntarse. No hay sentimiento trágico de la vida en Goya. Hay,

como en los poetas citados, sentido épico de la vida y concepción lírica de la muerte. Expresión popular de España.

* * *

La pintura de Goya, decía, ahora más que nunca, parece que quiere metérsenos por los ojos. Ahora, más que nunca, porque ahora, quizás más que nunca, el entendimiento revolucionario español, o sea, la revelación popular de España, se nos ofrece en España con intensidad expresiva dramáticamente insuperable. Y Goya es un reflejo, una trasparencia de esa voluntad popular revolucionaria española. La pintura de Goya es como su revelación permanente. Que por serlo, se nos actualiza, ahora, sobre todo. Por su propia plenitud de ser, consecuente con lo pasado; pletórica de porvenir. Pues esta plenitud temporal revolucionaria, reveladora del pueblo español, adquiere en la pintura de Goya su expresión eterna. Así, ahora, para nosotros, los españoles que no queremos dejar de serlo, que nos sentimos serlo, acaso por primera vez, con verdadera conciencia clara de que lo somos, y de lo que somos («pasión no quita conocimiento» al contrario, lo da); para los españoles que comprendemos que lo somos por la convivencia real y profunda con nuestro pueblo vivo, adquiere, digo, esta pintura un sentido tan claro y distinto, tan verdadera y enteramente nuestro, que nos empuja hacia esa cólera, hacia esa furia, auténticamente popular, que la determina y que compartimos íntegramente, porque responde a nuestra íntima necesidad de enfurecernos este modo español para poder entrar en el pueblo de veras; para poder entusiasrnos en él, y con él, compartiendo su *santísima voluntad*, su *realísima gana*; para vencer, en suma, a un mundo muerto, creando una vida nueva. Enfurecernos y entusiasrnos. Salir de nuestros insignificantes personalismos y particularidades, para entrar, de nuevo, en el pueblo español, por el pueblo nuestro, con el pueblo nuestro, en la verdad, en Dios. En la verdad de Dios. En todo. En la verdad de todo. Para hacernos, verdaderamente, de nuevas.

Por eso tenemos hoy en contra los españoles, tiene enfrente el pueblo español, a *todo el mundo*; porque tiene, tenemos con nosotros, al lado nuestro, como decimos en España popularmente, a *todo Dios*. A

toda vida revolucionaria de verdad, creadora. A toda capacidad humana y divina, de entusiasmo, de verdadera claridad, de poderosa luz. En una palabra, de poesía. Visible e invisible. Nuestro pueblo español, por segunda vez en la historia, rasga sus vestiduras mortales, airosamente airado; rompe el velo mentiroso del mundo, y se levanta, frente al sueño y la sombra del tiempo pasajero y de la muerte, con aliento vivo de eternidad. De revelación revolucionaria de todo. De novedad auténtica. De verdadera vida. Y esta voluntad, invencible, parece arraigarse en los aires, en los cielos, tan claramente, que ancla sus esperanzas de victoria segura en esa ciudad toda cielo, toda aire, en nuestro glorioso MADRID, milagrosamente pintado por Goya con la intuición profética que hoy vemos, tan divina como humanamente, cumplirse. Nuestro Madrid, el de Goya, que vió cuajar en aire su esperanza—el aliento más puro de la voluntad popular española, de la permanente revelación revolucionaria española—, traía en las raíces invisibles de su sangre la promesa ardorosa de su actual victoria. De su doloroso y alegre martirio. Alegre, sobre todo. Porque todo su dolor presente es parto sublime de alegría.

La profecía pictórica de Goya nos lo dice, con acentos beethovenianos, con sus vivas palabras: «a la alegría por el dolor». A la verdadera alegría. Aquella que no es propia de cada hombre sino patrimonio común. Aquella que, por el contrario, nos exige el doloroso sacrificio de nuestras mínimas participaciones alegres, arrebatándonos con esa alegría plena, totalizadora de nuestro ser en todo; de nuestra comunión popular revolucionaria con todos.

Dudo que, sin la experiencia propia de ese entusiasmo revolucionario popular que hoy vivimos—y convivimos—los españoles, pueda ningún hombre, por fina que sea su percepción poética, su sensibilidad crítica, en una palabra, su simpatía española, darse cuenta exacta de la plenitud de sentido y valor permanente que tiene—y tendrá más cada día—para nosotros, la pintura de Goya. Una pintura humana y verdadera como ésta, una pintura entera y verdaderamente popular, no puede entenderse totalmente sin compartirla. Es incomunicable para quienes se apartan con miedo de nuestra vida y nuestra verdad, para ir a refugiarse, asustados, en la mentira y en la muerte; o, lo que es peor, entre

los muertos. Para aquellos para quienes la *palabra de orden* es *muerte*, porque entienden el orden como sustantiva realidad y quieren practicarlo con la espantable y espantosa perfección espectacular de un cementerio. Para ellos pintó Goya su caprichoso y desastroso disparate clarísimo: el que nos da, como una bofetada, sobre el rostro, con el grito desolador de la *nada* tras la muerte.

Bajo un desorden aparente—como se dijo de la música de Beethoven—hay en la pintura de Goya un orden perfecto. El único orden perfecto posible. El revolucionario del corazón, por la circulación de nuestra sangre. El del universo por la revolución permanente de los astros. El del amor y no el del odio. El de la vida y no de la muerte. El de la paz *contra* la guerra. El orden perfecto bajo un desorden aparente de la revolución humana que es para nosotros divina revelación popular de España.

No es sólo esta trinidad enigmática del *capricho*, el *desastre* y el *disparate* que decimos, la característica revolucionaria popular del estilo de Goya. Lo es, también, la de su variación constante, unificada por el entusiasmo creador a que la furia popular, la *cólera española*, la *santísima voluntad*, la *realísima gana*, le lleva siempre. Como llevó en la historia de nuestro pensamiento poético a todos los verdaderos españoles, que no pudieron desintegrarse nunca de este movimiento—y entendimiento—popular, revolucionario, de lo español. Que fueron, y son, por la voluntad creadora, como la pintura de Goya, su exponente profético, y poético, más perfecto. Lope, Santa Teresa, Cervantes, Quevedo, Gracián y Calderón, nos dicen, cada uno, poéticamente, lo que nos dice Goya. Cada uno en su lenguaje. Con su lenguaje. Multitud de lenguajes antibabélicos porque se unifican en la totalidad revolucionaria y reveladora del vivo lenguaje popular español. Lenguaje de fuego; de sangre. Que como dijo el último: solamente «la sangre arde sin fuego».—Pentecostés clarísima.

Por el testimonio vivo de su sangre, por su martirio, con todo su dolor, y, sobre todo, con toda su alegría, nos da hoy el pueblo español en Madrid, prueba evidente de que se cumple en él y por él, cumpliéndosenos así a todos, la palabra de este lenguaje, la palabra viva de España; desde sus raíces más hondas y lejanas, como savia profunda y re-

sonante en nuestro pensamiento, de su pasado, hasta la luz del porvenir que su gesta va entrañándonos noche y día tan claramente.

El sueño de la razón de Goya—*todo y nada* de España—, profetizaba este presente nuestro. Los sueños de la razón goyesca—disparatada, desastrosa, caprichosa—nos entran por los ojos esas imágenes geniales, generadoras de nuestra verdad y nuestra vida: la popular de España. Las de la revolución reveladora de nuestro pueblo.

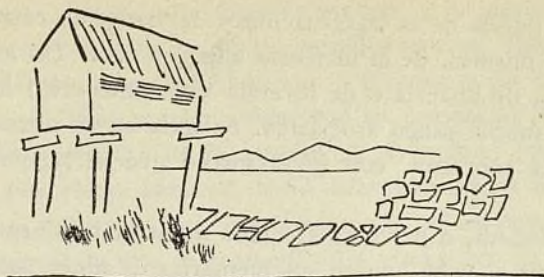
Comprender a Goya es empezar a poder comprender la sublime alegría, a la que los márgenes del dolor, como los de sombra—de las claras sombras goyescas—al resplandor de la verdad, agravian más que lisonjean. Que ponerle márgenes de sufrimiento doloroso al resplandor de esta verdadera alegría popular, revolucionaria y reveladora, de España, más que lisonjea, agravia la claridad de su evidencia; su clarividencia; su conciencia humana de serlo.

«Todo o nada», nos ha dicho la Muerte como *por capricho*, de espantajos goyescos (Clericalismo, Militarismo, Capitalismo). Una Muerte esperpéntica, desastrosamente cortejada. Y a ese *disparate*, el pueblo español, con su sangre, le está dando, clara, la respuesta:

NO PASARAN.

También *parecen* de Goya estas palabras: las que sin vista ya, ni pulso; sin pluma ni tintero, pero con sobrada voluntad, con invisible mano poderosa, apretando, cerrando el puño, hasta grabarlas con su sangre, en nuestro cielo luminoso y oscuro de Madrid, nos ha dejado escritas para siempre.

JOSE BERGAMIN



HISPANIDAD

DE VALLE INCLÁN

A la vuelta de morir D. Ramón del Valle Inclán, en casi todos los homenajes literarios en que se hizo memoria de su figura y de su mérito, sobresalían estas alabanzas: gran artista, forjador del idioma. No es poco si esa loa no era un lugar común al que se apela para improvisar juicio, y si tácitamente se entendía en ella lo que había expresado el mismo Valle Inclán en modo sentencioso: que cada lengua contiene el pasado de su gente—y que en la ética se guardan las normas de la estética.

El idioma de un pueblo no es un signario inerte esperando a que lo anime la poesía, sino que nace con ella y del mismo espíritu. El poeta y el verbo de que es hijo, mutuamente se hacen. Vistas así las cosas, aún es necesario señalar, dentro de lo universal de este proceso, lo que distingue particularmente al de Valle Inclán: y es que el coloquio de su nostalgia con la historia de España que él vivía, y el trato íntimo de su genio verbal con las palabras, giros y «recuerdos» del idioma español, fueron en él caminos singularmente paralelos.

Las palabras eran historia acendrada para Valle Inclán. No signos esperando a que les den lugar, como esperan las notas a hacerse musicales en una melodía; no elementales piezas para recomponer el mito,

sino alas e impulsos de la imaginación y del recuerdo compartidos, claves, ya por sí mismas, de la memoria más concreta. Tal *historicidad* de la palabra (sea de historia o de leyenda realmente viva) no era para él efecto de un simple juego asociativo. Se unía en su alma al gozo y al conflicto de la añoranza, con igual virtud que el recuerdo contenido en las cosas.

No se entenderá, o parecerá afectado de artificioso arcaísmo, su primer estilo, si no se sabe que en sus memorias de niñez reposan aquellas palabras con el mismo resplandor que los cielos y flores, campesinos y santos, que él había visto en el valle de Salnés. También conviene saber esto: que en la Galicia inocente y arcaica, se cuentan tres tiempos: el de los mozos, el de los viejos y el de los antiguos. En éste el horizonte se aquieta, y no hay línea episódica que señale su límite. Está siempre tan cerca y tan lejos como el cielo. Y a su regalo se atribuye todo lo que tiene gracia y dignidad imperturbables. En ese cielo del tiempo antiguo de Galicia están los héroes, el arte de tejer, la sutileza en los presagios—que hereda el labrador—, las promesas firmes... Ahondando en esta su viva antigüedad, Valle Inclán pasó el riesgo de quedar prendido en tradicionalismo; sobrepujo ese riesgo con aquella hondura, y en ésta halló firmeza para afrontar con amanecida razón todos los tiempos que viniesen. «Cuando mires tu imagen, evoca tu sombra de niño. Quien sabe del pasado sabe del porvenir». ¡Saber del pasado por saber de niñez! No hay que olvidar que su niñez fué en tiempo de los antiguos. Valle Inclán tenía mil años.

* * *

Sobre el casticismo y la tradición española creo que no llegó Valle Inclán—al menos en sus teorías conversacionales—a dar con los puntos de vista más seguros, pues aunque amaba por vínculos de espíritu y por inmediata admiración a San Juan, a Velázquez y a Cervantes, creyó siempre que lo español se definía con mayor evidencia de carácter en Calderón y el Greco, y si no con la misma elevación que en estos últimos, al menos con ejemplar desnudez de impulso, en Ribera y Zurbarán. Aquellos otros genios de gran sosiego contemplativo, de amplio horizonte para la mirada y de medidos timbres en la luz y en la voz

que conducen al éxtasis, a la dilatada piedad, a la gloria más casta de lo que se ve, se piensa o se duele, aquellos santos, digo, siendo para él ejemplos de tanta bondad, imperio y transparencia como una mardugada en las colinas, ponían cisma, con su presencia, a sus definiciones demasiado simétricas de lo español. Y él mismo, por motivos que guardan con esto cierta afinidad, halló dificultades para españolizarse... En su alabanza debemos decir dos cosas: que tal esfuerzo fué fecundo, y que no consiguió lo que se proponía. Así vino a ser un gran español, que quiere serlo y acaba siéndolo sin querer.

La dramaticidad de su obra no responde a su precepto de lo dramático, agotado en la idea del gran relieve y de la violenta oposición de luz y sombra. Es muy superior a esto y, en su esfera temática, las armoniosas fluctuaciones del amor y la burla juegan entre la gracia de lo inocente y la ficción de honor, que son como sus polos.

* * *

Durante mucho tiempo Valle Inclán pareció a los lectores, a los críticos—y tal vez a él mismo—un artista puro. Acontecía esto cuando no se había llegado aún a decantar ese concepto de pureza hasta aquel punto en que el tema de la poesía es la misma poesía, y el del arte es el arte. En esta segunda edad de la doctrina D. Ramón del Valle Inclán pareció, a los de la alquitara, un escritor impuro en extremo, un anecdótico. Antes se decía el arte por el arte, en un sentido quizá precario, como preconizando el valor del ornamento en sí, con una vaga apelación a la embriaguez—fuese ésta mística o maldita o las dos cosas en tentadora confusión. Luego se habló con más pureza—quizá también con más honestidad—de equilibrio y éxtasis, con lo cual la quietud del objeto que se presenta a la contemplación y la quietud misma de la actitud contemplativa, en suma, el estar en forma de mutua adecuación comunicativa el objeto y el sujeto, se convirtió en «tema» del arte y de la poesía, siendo la ley común de ambos un volver sobre sí la trascendencia, un aquietarse en ida y vuelta circular, merced a la exclusión de todo incentivo ajeno a ese propósito. Pero como había que construir con algo—y no era posible hacer un arte y una poesía «sintéticos a priori» y completamente puros, según el modelo de la matemática—se consi-

deró la materia del arte y de la poesía como inevitable y enojoso accesorio, y casi llegó a parecer lo ideal volar sin alas, sin aire y hasta sin pájaro. Aquel quietismo que D. Ramón había creído profesar conforme a la doctrina del padre Molinos—aunque es muy dudosa tal conformidad—no era tan desencarnado... El arte de Valle Inclán, antes demasiado puro, pareció entonces todo lo contrario. Había en él demasiados ángulos, colores, episodios y máscaras...

* * *

Según la doctrina que Valle Inclán heredó del simbolismo, cada escritor necesita «equivocarse un poco», como se decía antes de él; o como él decía: hacerse, en cierto modo, del idioma un dialecto, un clima de valores verbales y significativos que van de lo decible a lo indecible, de lo de todos a lo que él quiere hacer de todos. En el clima idiomático de Valle Inclán, el lenguaje—por virtud alusiva o descriptiva—cosecha de una vez tal copia de accidentes, que hay riesgo de que se confunda el propósito y se crea que allí se pinta sólo por gusto de poner tino y «arte» en lo pintado. ¿Es pintoresco el idioma de Valle Inclán? Según se ahonda en él y en la intención primaria que anima sus luces, se ve que es vivo, ingenuo y amorosamente fiel. Tanto como la maestría—y en casos, más—hay que alabar el nobilísimo candor que en él se transparenta. Y si el autor no se inquietase—por no ser tan santo en otras cosas—se le podría hacer efigie de madera y, aureolada, ponerla en altarcillo de ermita, en soledad de monte, sin que desdiga de la alta brisa silvestre aquel instante inmóvil en que estará viendo cómo son las palabras reapariciones—y quizá viceversa...

* * *

Unas veces alude con lírica sencillez. Otras une todos los puntos necesarios para reconstituir en cercanía la presencia de lo real. Su estilo transcurre, con natural fidelidad a las intuiciones, entre esos términos extremos.

Y en grado medio de objetivación pone siempre los vivos mecanismos de la farsa. ¡Vivo mecanismo!... No deja de ser terrible ver el rigor con que construye sus muñecos. Valle Inclán. No les falta ni sobra re-

sorte de los necesarios para vivir según todas las apariencias. Si no revientan en la intriga podrían salirse de ella y andar con esa clave por el mundo.

Tanto es así, que luego les vemos pasar, o traban con nosotros comercio de amistad o de discordia. Cosa grave, cuando el comercio es de amistad. Pero, señor, si le veo el resorte. Se mira hacia lo lejos, tal vez a una interior lejanía. ¡Amigos!, ¿dónde estáis? ¡Qué congoja! Hay que amar al muñeco y, en su presencia, no hay otro remedio que ser su prójimo, recapitularse en una sentencia y en una manía para entenderse. Así se va quedando el alma hueca. Estamos a punto de culpar al muñeco y de maldecirlo, pero el día en que nos avasalla una desgracia bien puede suceder que vayamos en su busca y descubramos con fraternal terror, a punto de abrazarle, que sí, que es nuestro prójimo.

Esos muñecos de Valle Inclán no son como los del humor inglés, hechos con artificio de inteligencia y por contraste, sofismas que andan y nos miran. No son clownescos. Linda invención de los ingleses, hermana de su lírica, esa del clown. Así ya puede uno reírse de sí mismo. (No de sí mismo; más exacto: del muñeco que empezaba a tomarse a sí mismo demasiado en serio. Y así puede uno saltarse a la torera el carácter—demasiado carácter—que le han ido haciendo a uno los demás). No son clownescos los muñecos de Valle Inclán, sino de caracterizadora y terrible inspiración española. No se sabe por qué, pero nos hemos enmascarado un día todos, unos frente a otros, y se ha planteado un conflicto entre máscaras. Sea. Que se endurezca la máscara hasta hacerse insorportable. Y que la risa llegue al límite doloroso de la extrema burla. En ese instante la marioneta valleinclanesca tendría que gemir, implorar. Tendríamos que gemir, implorarle. Y aunque no se hace—pues muchas cosas han de aplazarse hasta el Juicio Final—llevamos con nosotros, a partir de entonces, el peso de una fraternidad inevitable. Pero algún día esa dura fraternidad se enternece, y es cuando el prójimo del mecanismo vivo tiene en torno a sí la dilatada lividez del alba. Y hay que decirle: Entra conmigo en esa luz, pues de otro modo no entraría yo íntegro, ni sería justo; y atribúyeme todo tu exceso de caracterización ante la luz del gran juicio. Pero vamos a entrar seriamente, quizá

con gracia clownesca, sin pasaporte ni credenciales. Tira ese pergamino de justificaciones.

* * *

Todo artista es responsable de sus criaturas, y no se las despacha con olvido o con decir que se trajeron a existencia para ponerlas por ejemplo de lo que haya o no que hacer. ¡ Bueno fuera liberarse dando vida a esas figuras, reirse de ellas, que den ejemplo, que se queden, a lo mejor, así para siempre—sin poder morir ni entrar en posesión de su albedrío—, que todos celebrasen al artista, y éste nada hiciese por ellas desde la hondura del poder de su corazón y desde los linderos misteriosos en que él anda ! « Pero, señor, si se me han nacido así ». No cabe tal excusa en cristiandad de poetas españoles. Así el genio español entrará en la eternidad con todas sus criaturas : las que sólo ha nombrado, más con los ojos que con las palabras ; las otras que, por milagro de la palabra usada por desprendimiento, dotó de libertad y son dueñas de sí— como para dar fe de sí mismas y resucitar muchas veces (ejemplo : don Quijote)—, y también con las otras, las definidas y conclusas, las que son puro carácter hecho en discordia consigo y con los otros o en ignorancia de la aurora. Y de éstas dirá también, con íntegra responsabilidad : Soy el autor, y si al infierno van, con ellas voy.

Míster Pichwick, creo que no pondría reparo en repetir sus equivocaciones otra vez, si eso divierte a los ángeles. Y ya de este lado de España, el mismo Lazarillo, aunque terminó en oscuros fraudes en que entra murmurado el nombre de su mujer, había conocido tantos caminos y vió tales misterios en los laberintos de la pobreza errabunda, que, aun llorando, quizá retornaría. ¡ Pero otros personajes !... ¡ Que no, friolera ! Y si al de esta imprecación le obligasen, dirá que vuelva también a padecer con él aquel que se acaricia la barba sutil con parsimonia. ¡ Pero si te conozco !, tendrá que gritar el autor, y derramará tanta luz de conocimiento sobre todas sus figuras y sobre la suya propia, que nadie tendrá ya reparo en volver—no siendo que no hará falta, porque entonces será ya otro el auto sacramental que se está viendo. (Tiembla mi propia ética de decir estas cosas, temiendo pecar de optimismo, que es un mal

pecado. Así, retrocedo y vengo a quedar en aquella afirmación primera, de que el genio español no negará.)

* * *

Ahora que estamos ya fuera del primer círculo de la divagación, en que se discutían timbres de pureza, vemos que las peripecias del verbo valleinclanesco no son «episódicas». De la memoria de lo ausente, expresada en sencillo nombrar y salmodiar, pasa luego su arte a dar máxima presencia a las figuras del recuerdo. Estas, en tal extremo, tienen la misteriosa exactitud de las constelaciones, el rigor de constancia de un blasón y vienen a ser como redivivas o dobladas en dos vidas idénticas. (Y en esto puede parecerse la ambición de Valle Inclán a la de los imagineros españoles.) Un tal amor de identidad exalta los acentos de la luz y cristaliza la materia, de tal modo que aquello es como si fuese más real que la primera vez. Quizá se excede la fuerza del testimonio respecto a lo testimoniado y así acaba siendo nueva y sorprendente la materia de la historia. Hay un poco de muerte en todo esto...

Pero de pronto nos sacude una larga vibración que toma origen en alguna sentencia sencilla y tan unida al rigor de lo demás que no sabemos cómo ha podido quebrar la casi cristalina quietud contemplativa. Es que en esa sentencia, muy fugazmente, se han visto los ojos del autor y, en ellos, su antigüedad y su nostalgia.

* * *

¿Qué entienden por ideal los ingleses? Algo, sin duda, muy plausible: un mundo feliz. Y a eso se refiere la dulce nostalgia británica. Pero a esta nostalgia española casi no se la puede asignar un objeto, así de hermoso, como un ideal... Es una sed terrible, entretenida con gracias, burlas y denuestos—una terrible sed de decoro.

En discordia consigo, deslucido en pugna de desprecios y mutuas ignorancias, viendo la inmensa mascarada que pasa por las crestas de nuestra última historia—que hoy se desploma furiosamente, aun obstinada en los disfraces—, el español no ha podido ser aún lo que quiere ser... ¡Qué sé yo! Acaso lo que D. Ramón soñaba en sus fantásticas mocedades, acaso algo más simple todavía...

¿Un caballero? Esta palabra duele un poco, más que por modesta y anacrónica, por el vacío casi sepulcral que ha venido a cobijarse en ella cuando el caballero, caracterizado con exceso para hacerse respetar, se ha reducido a la propia superficie, seca como hoja seca, de su énfasis, dando así la pauta del énfasis caballeresco a los jubilados de toda esperanza y a los que se infatúan sólo de abstenciones; dando también motivo a los nacionalizadores de conceptos para meter a España en esa cáscara. Con lo cual España, mientras viva, se enfurecerá, rompiendo a golpes—o a voces, con blasfemias—el concepto en que el barroco, el jesuita y el nacionalizador pretendan encerrarla.

* * *

Aquí nostalgia y sed—las aludidas—mutuamente se explican, aunque no pueda cada una descansar en terminante definición, pues no son un ser esto o lo otro, sino un trascender.

Tiene en su alma cada cual su valle de Salnés, donde reposa la imperturbable virginidad del saber primero; y lleva en sombra íntima, también, el otro valle en que se concitan las almas enjuiciadoras de todos, el mirar infinito y simultáneo de todos los peregrinos congregados en el mítico final, un hoy de todos los juicios. Y entre aquel valle y éste, según qué atención nos domine, están la verdadera gracia y el verdadero honor. Pero, puestos a andar, hallamos también el simulacro del honor transitorio y, asimismo, el honor transitorio necesario... Éste (y no el suyo, en el cual no piensa cuando es libre y está realmente inspirada) es lo que defiende—contra la ignorancia de los fatuos y la prisa brutal del traficante—, el alma caballeresca, ingenua, firme y madrugadora.

Por esto—y por muchas cosas que quedan por decir—se ve cuánto amor y qué áspera firmeza hay en las burlas de Valle Inclán, y qué de lejos viene ese claror de amanecida que, según te mueves, ves transitar por su horizonte.

RAFAEL, DIESTE

CAPITAL DE LA GLORIA

A LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

VENÍS desde muy lejos... Mas esta lejanía
¿qué es para vuestra sangre que canta sin fronteras?
La necesaria muerte os nombra cada día,
no importa en qué ciudades, campos o carreteras.

De este país, del otro, del grande, del pequeño,
del que apenas si al mapa da un color desvaído,
con las mismas raíces que tiene un mismo sueño,
sencillamente anónimos y hablando habéis venido.

No conocéis siquiera ni el color de los muros
que vuestro infranqueable compromiso amuralla.
La tierra que os entierra la defendéis, seguros,
a tiros con la muerte vestida de batalla.

Quedad, que así lo quieren los árboles, los llanos,
las mínimas partículas de la luz que reanima
un solo sentimiento que el mar sacude: ¡Hermanos!
Madrid con vuestro nombre se agranda y se ilumina.

(Madrid, diciembre 1936).

LEJOS DE LA GUERRA

YO diré tu heroísmo de nuevo y simplemente,
lejos de ti, ciudad, con la voz merecida
del hombre que por norma ya tiene diariamente
anocheceer sin casa o amanecer sin vida.

Campos sin guerra, os traigo de las atronadoras,
desangradas orillas del pobre Manzanares,
un saludo enramado de sus libertadoras,
destrozadas encinas y partidos pinares.

Bosques tranquilos, pueblos ausentes, derramados
por la monotonía
de los mismos dulcísimos, lluviosos panoramas,
yo os contaré la pena de los rotos tejados,
la paralela suerte del cable y el tranvía,
el fin de la arboleda, la historia de sus ramas.

Puentes anchos del Sena, puentes desposeídos
de los fijos temores
que por los claros ojos sin sueño de tus puentes,
Madrid, ven entre ruedas, sombras y hombres hundidos,
al alba de los súbitos, mortales resplandores,
cuanto tienen los héroes de flores inocentes.

París, por tus tranquilas
chimeneas que exaltan un cielo sin motores,
se me angustian las venas subiendo a mis pupilas

caras desenterradas,
uñas que entrechocando con la muerte, rabiosas,
buscan bajo las íntimas viviendas desventradas
los familiares restos difuntos de las cosas.

¡Ah Madrid de la luz, que se me va y enfría!
París, con tus tugurios de caspas y melenas,
pederastas, modistos, cabrones permanentes
y esta desamparada, sin alquiler, vacía
puta triste, que apenas
pasa como el recuerdo de historia sin dientes.
Viejo París, tu mano,
medio muerta en la mía,
tiene algo de gusano.
Al comprimirlo sangra, mordiendo todavía.

Que a ti, París profundo, trabajador, risueño,
te mojen las gloriosas, mínimas, ejemplares
aguas del Manzanares,
de alegría, de aurora, de libertad y sueño.

(París, febrero 1937).

DE RIO A RÍO

COMO el río Moscova pasaba quieto, helado,
le dije, aprovechando su inmóvil apariencia,
sabiendo que en el fondo de su ancha espalda blanca
su corazón de cálido hielo me entendería:

«Tú que mueves murallas color de sangre y torres
convertidas sus águilas en estrellas de oro;
tú que dócil, humano, gradúas tu corriente
al mismo ritmo nuevo de la mano del hombre;
tú, río de los niños, de las recién nacidas
brisas que al mundo intentan refrescarle las sienes;
tú que aun eres pequeño para sin desbordarte
sostener en tus hombros la alta aurora de Octubre:
óyeme, quiero húmeda, tiernamente decirte,
aunque el frío me corte de un tajo las palabras,
que allá lejos, muy lejos, entre verdes kilómetros
de árboles que se llaman encinas, de amarillos
retazos de desiertos que se nombran llanuras,
tranquilamente, igual que un muchacho invencible,
crece, sube entre muertos, entre largas heridas,
hasta llegar a ser tan grande como el nombre
de la ciudad que ciñe su brazo acribillado;
crece, Moscova inmóvil, se agiganta otro río
que con mojada voz, por encima de Europa,
te saluda escribiendo sobre tu espalda blanca:
Yo soy el Manzanares».

RAFAEL ALBERTI.

(Moscú, marzo 1937).

PALABRAS

A LOS

MUERTOS

¡Oh muertos!

Desconocidos hombres que ahora pueblan mi mundo de fantasmas,

y que errantes sobre nuestros caminos de la vida,
pesan como los árboles frutales, abrumados,
hacia el suelo profundo.

No será ya posible evitar vuestro espectro
que asoma con ahinco
detrás de los tapiales de la yedra,
donde de nuevo el ímpetu que fuistes
se torna esa espesura del silencio.

No será ya posible
que aquellos que contemplen el suelo de la patria
marchito entre los brazos de tardía victoria,
deslicen sus amores o ese triunfo
sin recordar que andan sobre restos calientes.

El clamor que se queda suspendido,
cada vez que un suspiro poderoso
anuncia que otro cuerpo
trémulo y solitario acaba de caer,
en busca de posibles compañeros que llegarán más tarde,

invade como en ámbitos cerrados
los años sucesivos,
y un perenne sudor nos espera
con la turbia conciencia bajo el laurel guerrero.

Reposad, ¡oh innumerables tumbas entreabiertas!,
cuerpos acribillados cuyos alones rotos
os entregan horrendos,
a esa lenta consunción con la tierra que habíais defendido.
Es sin duda distinta así la muerte
cuando una fresca gloria imperceptible roza
vuestro exhalado aliento.

Pero es triste miraros
los rígidos despojos sobre el campo
como si secas fuentes,
no alumbraran ya más el destino a los hombres.

Reposad, gérmenes voluntarios,
si es que ahí se conquista el reposo.
Un presentido empuje está latiendo
cuando en polvo roídos por la muerte,
tiemblan las avecillas prematuras
sobre un primaveral eco de sombras.

Ya los sagrados pies de unos hombres mejores
llameantes, recorren el país,
y la obsesiva noche de los siglos
su colosal figura parece desterrada.
Así, ¡dormid triunfando, pedestales recientes!
Nadie acierta a vivir mientras no cumple
la pavorosa deuda contraída.

Febrero, 1937.

EL CAMPO

De la tierra sube un mensaje precioso.
De la tierra como constante hervor que crece,
se la oye en muchas leguas a la redonda
a pesar de su silencio crepitar las entrañas,
y en las últimas recolectas de los cereales,
un conversar entre apasionado y receloso
de las partidas de campesinos
que todavía trabajan un pan servil,
bajo las tardías nubes hinchadas, de orlas de oro,
que una brisa caliente.

Pero el campo ha dejado de ser esa fatal belleza desconocida,
y aunque en muchas leguas a la redonda
parece rebalsado como durante milenios
con el croar de las ranas, y el paso
que cruje suavísimo de los carros con su maderamen arbóreo,
con sus asnillos sucios,
todo casi transparente
cuando los nubarrones palian el sol fluído de junio
y un ligero color de sombra preludia las aguas,
no obstante,
algo que no estaba en los últimos años
modifica la fisonomía impávida de la naturaleza,
y la presta esa incógnita que da miedo y alegría
cuando el hombre protegido de la ciudad
sale de sus cercos y percibe anonadado,
que ya el agro no es la paz que su cansancio busca.

Vosotros sí, los crecidos en el hontanar, en los sembrados
o pared medianera de los mugidores establos,
vosotros sí, sabéis, que el vigor de vuestros pies
se marchita como en vuestros abuelos
tras las hórridas jornadas que los años ensartan
acumulando encima de la conciencia un peso vacío.
Vosotros, los que dormís en las pintorescas moradas
donde los pájaros cuelgan sus nidos,
y el dragoncillo roe vuestras galas sin gracia de domingo,
nada sabéis de esos prodigios que os rodean
sino la inclemencia, la helada lluvia, el granizo devastador,
y ese pánico natural a la ciudad que brilla seductora,
más insaciable que los elementos.

Vuestra es la tierra sin embargo,
y no sólo el diminuto cementerio
donde reposáis de padres a hijos los apretados huesos,
como reliquias entre las malvas reales desde el ferrocarril,
dejando un vago temblor en el ánimo.
Vuestra es la tierra para vivirla en esa mocedad poseída,
ahora que os asambleáis en los atardeceres
saltando las acequias y los ordenados cañizos,
inseguros y anhelosos entre vuestros compañeros
desconocidos de largas distancias, fumáis juntos,
¡oh los antiguos hijos de Dementer,
tan cerca ya del secreto materno!

JUAN GIL-ALBERT.

Junio, 1936.

LA INSIGNIA

ALOCUCIÓN POEMÁTICA

(FRAGMENTO)

Aquí,
por primera vez,
por una vez siquiera,
aquí, en la gran mesa de los grandes negocios del mundo,
aquí, en la gran mesa de los grandes negocios del hombre,
aquí, en estas alturas solitarias,
aquí, donde se oye sin descanso la voz milenaria
de los vientos,
de la arcilla,
y del agua
que nos ha ido formando a todos los hombres ;
aquí, donde no llega el desgañado vocerío de la propaganda mercenaria ;
aquí, donde no tiene resuello ni vida el asma de los diplomáticos ;
aquí, donde los comediantes de la Sociedad de Naciones no tienen papel ;
aquí, bajo las estrellas,
alumbrados por las estrellas
y ante la Historia,
aquí, aquí,
colocad aquí
el gran problema del NEGOCIO ESPAÑOL.
Aquí, ante la Historia grande,
ante la Epica,
la otra, la otra historia,
la historia doméstica,
la historia nacional,

la que nuestro orgullo de gusanos enseña a los niños de las escuelas,
no es más que un registro de mentiras
y un índice de crímenes y de vanidades.

Aquí, aquí,
frente a la Epica,
frente a la Historia verdadera,
colocad aquí

EL NEGOCIO ESPAÑOL.

Y venid los poetas del mundo,
todos los poetas del mundo,
todos los poetas verdaderos del mundo.
(Poetas con el signo épico y activo
que aquí hemos dado a la palabra y al oficio),
los poetas de todas las naciones,
los poetas de todos los pueblos.
De los pueblos grandes
y de los pueblos pequeños ;
de los pueblos blancos,
de los pueblos negros
y de los pueblos amarillos ;
de los que comen con manteca
y de los que comen con aceite ;
de los que beben vino,
de los que beben té,
de los que beben cerveza,
de los que beben en todas las fuentes
y comen en todas las mesas
pero que aun tienen hambre y sed de justicia...
Poetas de todas las latitudes :
venid aquí,
subid aquí,
aquí, aquí, aquí,
donde no pueden llegar los políticos,
ni el burgués,
ni el banquero,

ni el arzobispo,
ni el comerciante,
ni el aristócrata degenerado,
ni el bufón,
ni el mendigo,
ni el cobarde.
Aquí, aquí,
frente a la Historia,
frente a la Historia grande,
bajo la luz de las estrellas,
sobre la tierra prístina y eterna del mundo
y en la presencia misma de Dios
aquí,
vamos a hablar aquí
del NEGOCIO ESPAÑOL REVOLUCIONARIO.

Hay dos Españas :
la de las formas
y la de las esencias.
La de las formas que se desgastan
y la de las esencias eternas.
La de las formas que mueren
y la de las esencias que comienzan a organizarse de nuevo.
En la España de las formas desgastadas
están los símbolos obliterados,
los ritos sin sentido,
los uniformes inflados,
las medallas sin leyenda,
los hombres huecos,
los cuerpos de serrín,
el ritmo doméstico y sonámbulo,
las exégesis farisaicas,
el verso vano
y la oración muerta que van contando las avellanas horadadas de los
rosarios.

Dios, la fuerza creadora del mundo,
se ha ido de esa España
y todo se ha quedado sin substancia.
Nuestra morada nacional entonces
es una cueva donde ordena la avaricia,
y los privilegios de la avaricia.
Es la época de los raposos.
Y los pueblos de Historia tan pura como el nuestro
no son ya más que madrigueras
donde los raposos amontonan su rapiña.

En la España de las esencias que quieren organizarse de nuevo,
están las ráfagas primeras que mueven las entrañas nacionales,
los huracanes incontrolables que sacuden la substancia dormida,
la substancia prístina de que está hecho el árbol, y el cuerpo del hombre.
Y están también los terremotos que rompen la tierra,
desgarran la carne,
desbordan los ríos
y las arterias de nuestra anatomía
para dar salida al espíritu encadenado
y mostrarle su camino hacia la renovación y hacia la luz.

Es la época de los héroes.
De los héroes contra los raposos.
Es la época en que todo se deforma y se revuelve;
las exégesis se cambian del revés,
los presagios de los grandes poetas se hacen realidad,
aparecen nuevos Cristos.
Y las viejas parábolas evangélicas se escapan de la ingenua retórica de
los versículos, para venirse a mover y a organizar nuestra vida.

Ahí están. ¡Miradlas!
Ahí están en el aire todavía,
temblando de emoción,
cruzando los cielos desde hace veinte siglos,

en la curva evangélica de una parábola poética,
estas palabras revolucionarias,
estas palabras comunistas,
estas palabras anarquistas :
«Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja,
que entre un rico en el reino de los cielos.»
Los curas las han estado
escupiendo,
vomitando desde los púlpitos,
centuria tras centuria,
año tras año,
domingo tras domingo.
Los prelados y los obispos las han llevado
de catedral en catedral,
de iglesia en iglesia,
de plática en plática,
y han acabado siempre por sentarse, después de los sermones, a la
mesa de este rico de tan dudosa salvación, para decirle así, de una
manera abierta y paladina :
El Evangelio no es más que una manera *lírica* de hablar.
Metáforas,
metáforas retóricas.
Retórica todo.
Metáforas hechas sólo para adornar el sermón melifluo y dominical de
los predicadores elegantes.
¿Qué otra cosa podría ser?—dice el raposo.
¿Qué otra cosa podría ser?—dice el hombre doméstico.
Pero he aquí que llegan ahora unos hombres extraños,
los revolucionarios españoles,
los anarquistas ibéricos,
el Hombre heroico que dice : No hay retóricas ;
el Hombre heroico que dice :
el verbo lírico de Cristo y de todos los poetas no es una quimera,
es un índice luminoso que nos invita a la acción y al heroísmo,
y esta metáfora del camello y de la aguja,

del pobre y del rico,
tiene un sentido que, desentrañado y realizado, puede llenar, si no
de alegría, de dignidad la vida del hombre.

Esta es la exégesis heroica,
la exégesis anarquista,
la exégesis comunista,
la exégesis revolucionaria.

Escuchad :

Hay que salvar al rico.

Hay que salvarle de la dictadura de su riqueza,
porque debajo de sus riquezas
hay un hombre que tiene que entrar en el reino de los cielos,
en el reino de los héroes.

Pero también hay que salvar al pobre.

Porque debajo de la tiranía de su pobreza
hay otro hombre que ha nacido para héroe también.

Hay que salvar al rico y al pobre.

Hay que matar al rico y al pobre para que nazca el HOMBRE,
el hombre heroico.

El hombre, el hombre heroico es lo que importa.

Ni el rico,

ni el pobre,

ni el proletario,

ni el diplomático,

ni el industrial,

ni el comerciante,

ni el soldado,

ni el artista,

ni el poeta siquiera, en su sentido ordinario importan nada.

Nuestro oficio no es nuestro destino.

Nuestra profesión no es lo substantivo.

No hay otro oficio ni empleo que aquel que enseña al mozo a ser un
héroe.

El hombre heroico es lo que cuenta.

El hombre ahí,

desnudo,
bajo la noche,
y frente al misterio ;
con su tragedia a cuestras,
con su verdadera tragedia,
con su única tragedia.

La que surge
cuando preguntamos,
cuando gritamos en el viento :

¿Quién soy yo?

Y el viento no responde
y no responde nadie.

¿Quién soy yo?... Silencio... Silencio...

Ni un eco... ni un signo...

Silencio.

Para que grite conmigo, busco yo al rico y le digo :
deja tus riquezas y ven aquí a gritar.

Para que grite conmigo, busco yo al pobre y le digo :
salva tu pobreza y ven aquí a gritar.

Todas las lenguas en un grito único
y todas las manos en un ariete solo,
para derribar la noche
y echar de nosotros la sombra.

No hay dictaduras humanas.

Estrellas,

sólo estrellas,

estrellas dictatoras nos gobiernan.

Pero contra la dictadura de las estrellas,
la dictadura del heroísmo.

Y si las estrellas dicen :

siempre habrá pobres y ricos,
y el pez grande se come al chico ;
contra la palabra de las estrellas,
el esfuerzo del heroísmo colectivo.

Para que grite conmigo contra los designios estelares busco yo al hombre,

para que junte conmigo su angustia y la funda con la mía en una sola voz, busco yo al hombre.

Esta es la exégesis heroica,
esta es la exégesis heroica, que tan bien le va al español,
al español revolucionario,
al comunista español,
al anarquista ibérico,
al anarquista angélico y adámico,
para quien la vida no es ni ha sido nunca
una cuestión de felicidad,
sino una cuestión de heroísmo.

Y su sangre,
esa sangre que está vertiendo ahora,
y la que ha vertido al través de la Historia,
no se puede medir con un criterio pragmático.

Esta es la exégesis heroica.

En cuanto se ha definido como doctrina
y ha adquirido posibilidades de realidad,
el mundo doméstico de los fariseos,
y la avaricia de los raposos
se han vuelto furiosos contra ella.

Y ahora,
ahora no hay más que una lucha enconada entre dos clases de hombres :
la de los que quieren seguir la curva lírica de esta parábola en el cielo,
hasta sus últimas posibles realidades,
hasta verla caer en la tierra y moverse aún, abriéndole caminos nuevos
al hombre por la Historia...
y la de los que aseguran que interpretar así la parábola es una blasfemia
y una herejía.

Somos los viejos herejes del mundo,
contra los eternos fariseos,
contra los raposos que amontonan la rapiña detrás de las puertas.

Y no buscamos la felicidad.
Camaradas,
españoles revolucionarios,
comunistas ibéricos,
anarquistas adámicos y angélicos,
un día
tendremos ya pan y ocio,
y ya no habrá hambre ni prisas en el mundo.
Pero no seremos felices tampoco.
No hay posadas de felicidad
ni de descanso.
Se va siempre por un camino heroico hacia la dignidad y la superación
de la vida.
Se cambiarán de sitio nuestras llagas,
nos dolerá otra carne,
y de sierras más frías bajará nuestro llanto.
Un día,
aquel mendigo chino
ya no estará a la puerta del hotel
golpeando allí por una rebanada de pan,
estará en la pirámide,
en la giba más alta de la Sierra Madre,
golpeando en el cielo,
en la puerta del cielo,
en el pecho de Dios,
por una rebanada de luz.
.....
Esta es mi palabra.
Y la tuya también.
La vieja palabra de todos los poetas del mundo,
de todos los poetas del mundo,
(con el signo épico y activo que aquí hemos dado a la palabra y al oficio).
No es la palabra de los demagogos.
¿Soy yo un demagogo?
Yo no hablo a los españoles de felicidad,

sino de heroísmo.
Y digo también :
yo no conduzco a los hombres
ni al restaurante
ni a la biblioteca
ni a la Bolsa...
Los llevo hacia esas cumbres altas.

LEON FELIPE

TESTIMONIOS

FRENTE DEL CENTRO

Ante la guerra, ante el hecho brutalmente concreto de la guerra, no sólo aceptada, sino ardorosa y libremente mantenida por todos los españoles dignos, el escritor, el intelectual del lado de acá de las trincheras, tiene indudablemente muchas preguntas que hacerse a sí mismo, cuyo enunciado, con la trágica realidad guerrera, ha tenido que ser modificado.

Sin embargo, quiero desglosar aquí, del volumen total de nuevas cuestiones que puedan plantearse al intelectual, una sola: aquella precisamente que de un modo polémico podría aparecer con ciertos matices contradictorios e inconsecuentes como es la del pacifismo, por definición, del intelectual —o, si queremos, utilizando la clave aceptada por todos, del *intelectual de izquierda*—y la actitud mantenida por los intelectuales españoles, verdaderamente españoles, al participar activamente en la lucha que se desarrolla en España.

Y, claro está, llegamos a la conclusión tópica de que, efectivamente, hoy los intelectuales, al lado de su pueblo, luchan y guerrearán en nombre de la paz. La guerra en sí misma no es ni puede ser un fin para nadie de los que, en este lado español y popular de las trincheras, combaten en todos los frentes y aspectos que la guerra por nuestra independencia nos ha deparado. Verdaderamente somos pacifistas. Hoy, como ayer, sabemos que la paz es superior a la guerra. Y mucho más ahora, en que la guerra es y tiene que ser de tal modo cruel, tan científicamente fría, que no permite, la mayoría de las veces, valorar siquiera aquellas categorías humanas que en otros momentos de la historia han podido dar a la guerra una especie de capacidad para probar lo más alto del hombre, sus cualidades distintivas y superiores.

La guerra hoy, repito, es inferior a la paz. Solamente el fascismo,

que es la debilidad organizada, el antiheroísmo por definición histórica, puede hacer y hace la torpe demagogia de la exaltación guerrera. Y la hace por debilidad; sabe que en la paz ha de ser fatalmente derrotado y saca a relucir, con un gesto achulado y bravucón, la navaja de su cobardía y de su debilidad social y polémica. Y, además, y aun con eso, pierde.

La carta del fascismo, provocando la guerra como recurso psicológico y económico, se pierde siempre como el gesto del matón acaba por perderse: cuando a más y mejores argumentos se le opone, a su debido tiempo, buenos puños. Porque, eso sí, pacifismo no puede significar ni significa pasividad o renunciación a la ordenación y creación superior y pacífica a que, como pueblo, tenemos derecho.

Y llegado un momento, un pueblo, el español, el nuestro precisamente, comprendiendo esto por radical intuición, se lanza con entusiasmo y honda fe a la guerra contra el fascismo guerrero. Y en nombre de la paz, para sarcasmo máximo, le derrota.

Pero teniendo que lamentar siempre hechos como el que a continuación relatamos, donde la guerra, en su máximo grado de crueldad y cientifismo monstruosamente odiosos, nos cuesta a todos los españoles ese desgarrón sombrío que hemos de cargar en el débito en la cuenta del fascismo internacional. Y esos nuestros muertos nos afirman aún más en la renunciación a la guerra como instrumento, aunque llegado el momento, por imposición, tengamos que hacerla, y, lo que es más, vengamos obligados a ganarla para hacer valedero, en la práctica, nuestro teórico derecho indudable a la paz constructiva.

Allí están. Desde las troneras de uno de los sectores de Madrid, cuyo nombre no hace al caso, son, con su muerte, un vivo testimonio, prueba dolorosísima de la crueldad estúpida y brutal que el fascismo ha impuesto en España.

Entre las dos líneas de trincheras se pueden ver sus cadáveres volcados, rígidos, terribles, sin poder ser enterrados, cerca de sus fusiles ya inútiles, y algunos escalando los parapetos enemigos con un gesto final de imposible heroísmo truncado.

Da miedo, verdadero miedo, verles. Y cuando se conoce exactamente lo que sucedió el espíritu se siente angustiado y también siente, con cierto deje amargo, resentido, escozor de humillación injusta.

Pero no; no es sólo por la muerte de nuestros camaradas por lo que

nos sentimos turbados, sino por algo más torpe, más espantoso y estúpido, que hiere mucho más. Se trata de la muerte por error. Esos sesenta cadáveres sin enterrar, alguno de los cuales alcanza con sus manos crispadas los parapetos enemigos, significan algo más que la muerte misma: la humillante derrota del heroísmo, de la generosidad, por la frialdad científica de la guerra actual. Estos camaradas han saltado de sus parapetos dramáticamente entusiasmados, decididos, absolutamente decididos, con ese hondo calor que produce el corazón en los graves momentos de las decisiones peligrosas.

¿Qué tiene que ver eso, esa temperatura del llanto, del sacrificio y de la generosidad, con siete minutos? Y, sin embargo, algo mezquino y pequeño, algo odioso llamado *siete minutos de anticipación*, significa para ellos la muerte, esa muerte sin tierra que padecen entre lluvia, barro y balazos furiosos.

Porque la guerra nuestra es ya tan guerra que permite esa clase de acontecimientos anecdóticos, de experiencias terribles. La operación debió ser a una hora exacta, previa una preparación artillera y por tres sitios distintos simultáneamente. Pero el capitán del batallón X padeció la locura de la impaciencia. La sangre le hervía en las venas y el corazón golpeaba su pecho pesadamente. Pasado un bombardeo de nuestra artillería mandó avanzar, y él mismo, para ejemplarizar a sus soldados, saltó de la trinchera. La compañía obedeció exactamente las órdenes. El avance iba cubriendo todos los obstáculos. Pero de pronto nuestros cañones abrían de nuevo el fuego, por última vez, sobre el enemigo. Era precisamente este *último cañoneo* el que el capitán no había tenido en cuenta: había ordenado el avance siete minutos antes de este último bombardeo que debía producirse a la hora exacta. Pero el capitán no creía que importase, para jugarse la vida, tener en cuenta esos siete minutos, y olvidándose de ellos se había lanzado, por impaciencia, al ataque.

Ahora tenía que esperar. Pagaba su error, su olvido, viéndose imposibilitado para continuar el avance y para retroceder, porque entonces no le daría tiempo a participar de nuevo en la operación. Tenía que soportar con sus soldados, fuera de la trinchera, inmóviles, las ametralladoras enemigas durante siete minutos más para dar tiempo a que la artillería cesase.

La operación fracasó como fracasa la resolución de un problema por un error en una multiplicación. Los otros dos sectores que hubieran avanzado, advertidos por un teléfono nervioso, alterado de órdenes a media

noche y en la línea de fuego, daba cuenta del error padecido, y como consecuencia de la suspensión de la operación: el enemigo había advertido ya nuestro movimiento y era inútil continuarle. Cesó la artillería. Cesaron las ametralladoras. Sólo de cuando en cuando los disparos de vigilancia rompían el angustioso silencio de nuestras filas que esperaban anhelantes el amanecer. De tarde en tarde algún lamento de alguien que tardaba en morir.

A la mañana siguiente pudo verse con horror lo que había significado la equivocación de por la noche: sesenta y tantos hombres, entre ellos el capitán, no habían podido regresar a las trincheras y amanecían fríos, pálidos y sangrientos en el breve espacio de terreno que hay entre dos líneas de trincheras.

Allí están todavía. Porque la impaciencia loca, el heroísmo insensato y descartado de la guerra actual, había hecho fracasar la operación. Porque ya sabéis que en la guerra *siete minutos* pueden muy bien significar sesenta cadáveres sin enterrar siquiera y una operación estropeada.

Sin embargo, no importa. Nuestros soldados lo saben y no importa. Con un reloj en la mano impondrán la victoria decisiva sobre el fascismo a la hora exacta, a la hora de la verdad y de la justicia que es la última hora.

ARTURO SERRANO PLAJA

COMENTARIO POLITICO

DEFENSA DE LOS CONSERVADORES

He leído en *Fragua Social* un artículo en que se me elogia porque reconozco que la revolución es un hecho vivo y no me empeño en detener su marcha. Efectivamente, ese estado de mi ánimo, que me valdrá en otros sectores de la opinión injurias y denuestos, es tal como el articulista lo explica, ya que éste tiene buen cuidado de decir que no he abdicado de mis puntos de vista de siempre, sino que contemplo de frente a la realidad y la mido en sus valores exactos. Si se me permite, lo ratificaré por mi cuenta en otros términos.

Estoy donde estoy, hago lo que hago y digo lo que digo, porque soy lo que he sido siempre: un conservador. Mis correligionarios no me entendieron nunca. Tengo la esperanza de que me comprendan mejor los actuates de ahora... que no fueron ni serán nunca mis correligionarios.

¿Qué es ser conservador? El concepto vulgar pinta al conservador como un pedrusco inmóvil, mas esto es gran equivocación. El sentido conservador se apoya en estos dos fundamentos: primero, una idea de creación; segundo, una sumisión a la realidad. Los que se limitan a derribar, animados de la ilusión; los que viven en una región de ensueño y de quimera, creyendo posible cuanto a ellos se les ocurre, son revolucionarios, teorizantes, poetas, mas no hacen política. El conservador aprovecha los materiales del derribo para entregarse a una nueva construcción y procura utilizar las ideas y los hombres tal como en verdad son y no como él quisiera que fuesen. Resultaría comodísimo

que en España no hubiera socialistas ni comunistas, sindicalistas ni anarquistas y que nadie buscara el cambio de las cosas. Pero la dura realidad nos enseña que existen esas varias ideologías; que los hombres procuran su mejoramiento; que en España, los que se titulan conservadores, promoviendo la guerra, han derribado todo lo existente; y que, hoy por hoy, los materiales están destrozados en el suelo. ¿Cuál será, en tales circunstancias, el deber de un conservador? ¿Empeñarse en imponer los conceptos de autoridad, de propiedad, de familia, de trazo social del siglo XVI? No. Ese conservador sería un insensato y no conseguiría conservar nada. El verdadero conservador de la sociedad será el que, aprovechando los cascotes del derribo y combinándolos con otros distintos, facilite la erección del nuevo edificio.

Si se me permite que en tema tan serio haga un juego de palabras, compararé al conservador con el conservero. La naturaleza hace que la tierra produzca tomates. Respondiendo a una ley natural, los tomates deben ser aprovechados tal cual brotan en la huerta. Pero como no hay consumidores bastantes para todos los tomates que la tierra produce en un mismo momento y al no ser aprovechados corren peligro de perderse, el conservero inventó el modo de aderezarlos, adobarlos, meterlos en un bote herméticamente cerrado y dejar que, con el curso del tiempo y salvando las distancias, pudieran todos los tomates ser consumidos por el hombre. Se dirá que el tomate en conserva no tiene la misma fragancia que el tomate fresco. Se dirá que resulta más caro. Se dirá que si la conserva no está bien hecha puede ser un agente de intoxicación. Pero hay que optar entre afrontar esas desventajas o dejar que los tomates se pudran en la tierra. Por donde se aprende que el buen conservero es un buen conservador.

Pues bien: de la misma manera hay ahora en evolución unas ideas de justicia social inconcretas, vacilantes, audaces, peligrosas. El que, a título de conservador, se empeñe en prescindir de ellas, no será un conservador, sino un tonto. Conservador será el que procure sacar de ellas el máximo partido con el mínimo estrago. Y como en todas las teorías contrapuestas hay mucho aprovechable, los conservadores debemos esforzarnos en que se aproveche, tomando de aquí, dejando de allá, buscando combinaciones y conciertos, estudiando el lado posible de las cosas, aunando voluntades, procurando disipar errores, llamando a las gentes a la realidad. En suma, construyendo.

Se discute también a qué paso se ha de marchar. ¿Conviene acabar la guerra primero para empezar después la revolución, o conviene ha-

cer ambas cosas conjuntamente? También en esto hay que atenerse a la realidad. Y la realidad manda no aferrarse a implantar teorías que la sociedad no ha acogido, mas no empeñarse tampoco en desconocer las que han encarnado ya en el cuerpo social.

Valga un ejemplo. Ha surgido el sistema de las colectivizaciones. Las colectivizaciones han tomado cuerpo en la ley y en la práctica. Muchas están todavía en la evolución, pero otras muchas son ya hechos positivos, fecundos y prometedores. ¿Por qué empeñarse en aplazar esa realización para después que acabe la guerra, cuando la vida ya nos ha enseñado que es compatible con la guerra misma y que está sirviendo para fabricar elementos de guerra que antes no teníamos? Mucho más cuerdo será seguir la marcha, ajustar la colectivización a las posibilidades económicas del país, meter en disciplina a los colectivizadores y sacar partido de lo que ya existe.

En otros aspectos de la actividad económica apuntan socializaciones y estatificaciones, por ejemplo en las industrias madres, en los seguros, en la Banca. Llevan aquéllas una orientación contraria a las colectivizaciones específicas que, en definitiva, no son otra cosa sino cooperativas de producción. ¿Y qué hemos de hacer ante esta otra realidad visible? ¿Negar la estatificación o la socialización? De ninguna manera. Lo discreto será que estas cosas sigan su rumbo y no atravesar inconvenientes en su camino.

Otra realidad viva y palpitante es que el hombre, especialmente el hombre del campo, ama su propiedad privada y no se resigna a trabajar si no es para su propio provecho. Siendo esto evidéntísimo, ¿no resultaría insensato oponerse a tal corriente y colocar frente a la República renovadora millones de hombres deseosos de conservar para sí mismos el fruto de su trabajo?

Todas estas fórmulas económicas son compatibles entre sí y provechosas para el futuro. Lo que debe desaparecer es el rentista ocioso, el capitalismo monopolístico y absorbente, la acumulación de enormes fortunas, los réditos inmorales del capital, la explotación del hombre por el hombre. Todo lo que no sea eso merece subsistir, y la mejor prueba está... en que subsiste y se va perfilando y delineando cada vez mejor.

¿Entonces—se dirá—el conservador es un zurcidor de ideas ajenas? ¿No pone nada de su cosecha? De ninguna manera. El conservador español tiene hoy que defender estos dos puntos de vista:

Primero.—La democracia. Todo lo que en España haya que construir, deben construirlo cuantos estén animados del mismo pensamiento; y

aún dejar margen a la crítica... cuando la crítica sea función del raciocinio y no tenga por finalidad producir una sublevación armada. Por consiguiente, será perturbador e inútil cuadrar a todos los hombres en Sindicatos y Partidos. Mientras contribuya a la obra común, hay que dejar a cada cual que se sitúe donde le acomode y que proceda como le plazca. Los fueros del espíritu están muy por encima de todas las ordenaciones más o menos arbitrarias y dictatoriales.

Segundo.—El orden. No hablo de orden en el sentido de autoritarismo despótico, sino de prudente concierto de voluntades y unificación de esfuerzos. Ya se ha visto en la guerra el resultado que da confundir un combate con un mitin. Las obras humanas son obras de conjunto y no llegan a granazón mientras cada hombre se empeña en vivir desconectado de los demás. La civilización consiste en renunciar a una parte de la libertad propia para favorecer la libertad total. Y aquí apunta el terrible dilema para un conservador. ¿Ha de ir hacia el socialismo o hacia el sindicalismo? Tampoco en esto caben criterios cerrados. Yo tengo una solución para mi gusto. Quisiera que el Estado mandase en el menor número posible de cosas, y en esto me aproximo a los sindicalistas; pero quisiera también que en aquellas en que mandase, lo hiciera con seguridad, con energía, con rigor, es decir, con eficacia; y en esto me aproximo a los socialistas.

Véase, pues, cómo se puede colaborar a la marcha de una revolución a título de conservador. Ya que los conservadores españoles nunca han querido enterarse de esto, sería muy conveniente que los revolucionarios, por su parte, se diesen cuenta de que no es posible prescindir del sentido conservador sin riesgo de que la revolución se frustre. En el mundo, para lograr una buena economía, hay que ejercitar una buena política. Por eso los políticos no están de más.

ANGEL OSSORIO Y GALLARDO.

N O T A S

DIARIO INTIMO DE ESTOS DIAS..

Las líneas que siguen son a modo de un breviario heterogéneo, donde las apremiantes realidades inmediatas hieren, en las horas de vigilia, el pensamiento y la conciencia. Nuestros juicios evocan pasadas lecturas vivas, donde la profecía, necesariamente anterior al presente, confirma éste. Esta profecía no es más que un advertimiento agudo de las cosas, vistas en una lontananza de un desenvolvimiento fatal, no sujeto a rectificación.

Son estos renglones un breviario de días trágicos, diversos, como el panorama del mundo, pero convergentes a una misma emoción y a una preocupación dominante: la actual realidad española.

* * *

El caso de Alemania es un caso previsto, desarrollado a ciencia y paciencia de una acelerada decadencia europea. Hay mil textos delatores de esta civilizada bestialidad germánica. Pero recordamos uno, el más elocuente de todos, debido a un pensador germano. Un disidente alemán, paradójicamente citado como un generador del fascismo. Nada más absurdo que esta disparatada concomitancia. Nietzsche y el fascismo son dos polos opuestos. Confundir el superhombre con el *Deutschland uber alles* y buscar puntos de apoyo entre el pensamiento nietzscheano y la actual barbarie teutónica, supone una absoluta incapacidad crítica o un total desconocimiento de lo que significa y significará en el haber del mundo moral la obra del gran lírico y pensador alemán, tan distanciado de su pueblo, en visión y en conciencia, que se traduce en lo mejor de su estilo, desligado de toda nebulosidad y pesadez nórdica, ágil y preciso como un decir latino, que sólo tiene de gótico las letras del idioma.

Véase lo que dice, como un *leit motiv* central, en varios escritos suyos, ese psicólogo y atrapador de gazapos, que golpea con el martillo los problemas candentes y oye como única respuesta ese famoso sonido a hueco, sonido de vientres hinchados. ¡Qué encanto para el que, además de las orejas naturales, tiene encima otras dos más prolongadas!

* * *

En esta hora de España, vuelve a producirse el fenómeno germánico en nuestra historia. Siempre funesto. Funesto cuando viene a nuestro suelo Felipe el Hermoso, traído por un enlace, y cuando Carlos V crea un imperio ficticio, anti-español, antiibérico, aunque otra cosa digan las historias miopes y cansinas.

Recuérdese lo que escribe de su país el autor del *Zarathustra*. Es el antecedente más vivo de toda la actual Alemania. Bastan pocas líneas :

«Conozco a los alemanes y tengo derecho a decirles algunas verdades. No deseo más que hacer justicia a Alemania.

»Los alemanes, a quienes se llamaba antes un pueblo de pensadores, ¿piensan todavía? Temo que la estrofa del himno alemán, «¡Alemania, Alemania sobre todo!», haya sido el único fin de la filosofía alemana, y cuando me preguntan en el extranjero : «¿Hay filósofos alemanes, hay poetas alemanes, hay buenos libros alemanes?», me sonrojo ; pero con mi fuerte presencia de ánimo respondo : «Sí : Bismarck.»

Del mismo libro :

«¿Quién no habrá hecho profundas y dolorosas reflexiones sobre lo que *podría* ser el espíritu alemán? Pero este pueblo hace mil años que se está embruteciendo a su gusto. En ningún otro país se ha llegado a tanta depravación ni se ha abusado tanto de los dos grandes narcóticos europeos : el alcohol y el cristianismo...

»He hablado del espíritu alemán y he afirmado que se ha hecho más grosero y chabacano. ¿Es esto bastante?...

»Hace dieciocho años que vengo proclamando la deprimente influencia de nuestro cientificismo sobre el espíritu. La intolerable esclavitud que la extensión inmensa de la ciencia condena hoy a cada individuo, es una de las principales razones por la que las naturalezas mejor dotadas, más ricas y más profundas, no encuentran ya educador ni educadores apropiados...

»Nuestras Universidades, aunque les pese, no son más que verdaderas estufas de cultivo, donde se marchitan los espíritus en su instinto. Es toda Europa la que comienza a darse cuenta de ello. La política de relumbrón no engaña ya a nadie. Alemania ha sido considerada siempre como el país más *estúpido* (1) de Europa.

»Cuando se gasta en el poder, en la política, en la economía, en el comercio internacional, en el Parlamento, en los intereses militares ; cuando se disipa en ese aspecto de la vida social la parte de razón, de seriedad, de voluntad, el dominio de sí mismo que se posee faltará forzosamente en el otro aspecto.

»La cultura y el Estado representan intereses antagónicos ; no hay que engañarse. *Estado civilizado* sólo es una idea moderna. La una vive del otro, y éste prospera a expensas de la otra.

»Las grandes épocas de cultura han sido épocas de decadencia política : en

(1) Subrayado en el original.

el sentido de la cultura ha sido grande todo lo no político; más aún, lo «anti-político». El corazón de Goethe se abrió ante el fenómeno de Napoleón y cerróse ante las guerras de la independencia.

»Cuando Alemania se erguía como gran potencia, vimos que Francia adquiría mayor importancia como potencia de cultura. Gran parte de la nueva seriedad y del espíritu nuevo han emigrado a París...

»La creación del *Imperio* (1) significa en la historia de la cultura europea un *cambio de posición del centro de gravedad*. (2)

»Se pierde todo lo que hay de esencial en la enseñanza superior de Alemania: tanto el *fin* como el *medio* que al fin conduce.

»No el *Imperio*, sino la educación y la cultura misma deben ser el fin. Se ha olvidado que para este fin hacen falta educadores y no profesores de *Instituto* y sabios de Universidad...

»Seres de una cultura madura y agradable, no esos sabios rustificados que, como «nodrizas superiores», nos brindan los Institutos y las Universidades.»

* * *

La Alemania hitleriana tampoco quiere nada con Bismarck, creador de una política odiosa, *precursora*, pero personalmente infinitamente superior a su contrapartida, a ese fñhrer desatentado, que viene a ser un Quijote al revés, disminuido en la sangrienta parodia de un militarismo andante, sin caballería. Y tan loco, que se le ocurre convertir al Cristo en ario, con una falta de respeto a la opinión y a la conciencia ajena, que no saldría de los lindes de la opereta bufa si no tuviera consecuencias trágicas. Respecto al autor del *Zaratrustra*, aunque se hayan querido apoyar en su figura ingente buen número de fascitoides diversos, tampoco tiene nada que ver la Alemania de ahora, a la que el casco ha atrofiado el cerebro.

La *voluntad de dominio* de Nietzsche no tiene relación con las columnas motorizadas y los trimotores mortíferos. Es enemiga suya. Esa *voluntad de dominio* es puramente espiritual. Tiende a infundir alma superior a las cosas. A ser como el Sol, que, cuando aparece en una región de la tierra, vivifica con su luz la naturaleza y hasta los más *humildes bateleros bogan con remos de oro*.

En cuanto al desprecio que sentía Nietzsche por las democracias vulgares, comunidades retardatarias del progreso, puede también sentirlo el pueblo, como tal pueblo, con un instinto virgen, que no hipoteca con el pecado el porvenir inocente... Porque en los últimos años de su vida, el loco de Naumburg predijo la ruina de Alemania y volvió los ojos al pueblo. Véase la vida de Nietzsche por Haleví, cuyo libro no tengo ahora a mano.

Lo que podíamos llamar filosofía nietzschiana, está repleta de contradicciones.

(1) Subrayado en el original.

(2) Idem.

Nada más antitético que el superhombre y la teoría del eterno retorno. Lo mismo puede decirse de sus diatribas contra los obreros y los anarquistas, contradichas luego por la exaltación salvadora de los instintos primitivos, sin moral, sanción ni obligación, instintos redentores que sólo pueden salir de la selva virgen de las multitudes.

Y en cuanto a la insensata reacción fascista, puramente defensiva del caduco capitalismo en crisis, intentando el regreso a un pasado histórico ya fenecido para siempre, véase lo que dice el ardoroso lírico germano en *El crepúsculo de los ídolos*:

«Lo que no se supo antes, lo que se sabe hoy, lo que se podrá saber mañana, es que una formación hacia atrás, un retroceso en cualquier sentido, de cualquier grado que sea, es completamente imposible. Eso es por lo menos lo que no ignoramos los ultrafisiólogos. Pero todos los sacerdotes y los moralistas han opinado lo contrario: han querido volver la humanidad a una medida anterior de virtud, dar un paso hacia atrás. La moral siempre ha sido un lecho de Procusto. Los mismos políticos han imitado en esto a los predicadores de la virtud.»

¡Más claro, agua! Lo más fundamental del concepto fascista queda triturado. Spengler, que es un sabio retrógrado, malabarista y conceptuoso, pero no un hombre de primer plano, ha interpretado a su modo a Nietzsche, sin calar hondo.

Un hombre acontecimiento como Nietzsche, está siempre disminuido por sus comentaristas, salvo que uno de ellos sea un semejante suyo... Y suele escaparse a la mayoría de los lectores el *interlineado inefable...*, ese resplandor que sólo recoge una sensibilidad de excepción; pero buscar en el gran comentador de la tragedia helénica un antecedente de la angosta y feroz Alemania presente, ahogadora de toda crítica y con el nacionalismo a ultranza como ruta, es como buscar a la oscuridad la luz por precursora. La oscuridad no es más que un medio necesario para que la claridad se manifieste.

* * *

Realidad de la guerra: una acción sin escape. Salirse de esa acción, es salirse de la guerra, pero esa moral forzosa, apremiante y tensa, tiene su perspectiva y su futuro. Podrá faltar en una gran guerra su cantor de ocasión o su Tirteo encoraginador de ejércitos, pero lo más trascendental: perspectiva y futuro, sólo pueden manifestarse mediante una representación imaginativa. O imagen o palabra. Cuando ambas son malas, pobres o mediocres, se maldice de ellas. Y se confunde lo condicional con lo substancial. Se le echa la culpa al arte o a la literatura, en vez de cargar las faltas al mal uso que hace de ellas el que las maneja. Sin el verbo, o sin la representación gráfica, el hombre estaría por debajo del simio, y en lugar de ser éste nuestra caricatura, seríamos nosotros la suya.

El arte, en su manifestación general, tiene una medida infinita, pero no admite en su templo más que a unos cuantos nacidos para ello. Los que se quedan

fuera, pese a su voluntad, se vengan maldiciendo del templo. De ahí que todos los que no tienen nada que decir, o se han prostituido en el hablar gárrulo o vacío, arremetan contra la literatura, olvidando que esa literatura, la suya, lo es todo, menos literatura. La palabra no es más que un ruido vano y sordo, o el espejo más límpido y perfecto de lo mejor del hombre y de su vida. Y la única conciencia inmortal de las grandes gestas y de las grandes cosas. El odio a la literatura supone la impotencia de servirse de ella, dignamente por lo menos. Se odia lo que no se tiene, la juventud, la gracia, en su alto sentido, y eso que llamamos espíritu y que no es más que una liberación suprema de la común miseria que envuelve a los mortales... Y en las sociedades caducas y podridas, en sus crisis de renovación, se oye siempre el coro nefando y mareante de todos los verbalistas vanos. Que son todos los que han nacido viejos. Vejez innata, incurable y sin redención.

* * *

El hombre en estado de salud nace joven o viejo. Hasta que le llega la muerte conserva este *karmas*, esta fatalidad de sus días. De ahí la actitud retardataria de muchas vidas mozas, ante los temblores y estremecimientos del mundo. Y la osadía juvenil de muchos hombres maduros, creadores de revolución. Por eso en todas las antologías hay obras viejas de jóvenes y obras jóvenes de viejos.

La expresión más revolucionaria de la pintura goyesca se produce cuando su autor tuvo los sesenta, los setenta y los ochenta años. Las generaciones que le sucedieron en España, en su mayoría, volvieron a la vieja pintura manida de tranquilo y de receta.

* * *

En estos críticos y magníficos momentos ibéricos —lo trágico no excluye lo magnífico—, esperamos unos cuantos españoles, diseminados en la periferia, *el parto de España*. Este gran parto de España, en labios de los que lo sentimos cerca, inicia, fatalmente, una sonrisa irónica, en buena mayoría de compatriotas que concilian su lealtad al régimen con la duda prudente. La *prudencia* es el signo más funesto de la decadencia de un pueblo. William Blake llamó a esta defensiva actitud humana «una solterona estéril». Toda la España burguesa pasada ha sido la imagen de la prudencia, disfrazada de *sensatez*. Ni un solo político ni dirigente creyó en el pueblo, ni en nuestro destino. Toda afirmación vigorosa daba al que la sostenía la categoría de iluso, es decir, de hombre ineficaz. Este escepticismo clásico, a veces compatible con una decorosa elegancia espiritual, tiene su reacción. Nadie podrá evitarla. Y si no llegase esa reacción, desapareceríamos del mundo actuante. Cánovas y Sagasta fueron la máxima expresión de ese escepticismo. La socarrona sonrisa estereotipada del segundo es todo un signo del fracaso de una política, sin política.

Pero conviene recordar que los países más retardatarios, como el nuestro, deformados por intereses dinásticos y capitalistas, son los más convulsivos y

revolucionarios cuando vuelven a encontrar su verdadero carácter en el caos de la descomposición. Un profundo sentido de universalidad, latente en los pueblos con misión histórica, pone de nuevo en la superficie la fuerza impulsiva de las razas. Los hombres que las encauzan vienen fatalmente después a destruir los abortos y los errores, como aquel hombre que paseó por las calles de la ciudad un recién nacido, inválido y raquítico, y lo destrozó, contestando a la multitud increpante. «Lo he destruído porque no he sabido engendrar. Voy a aprender a engendrar, para crear hombres y no miserias.»

España va a aprender a engendrar, barriendo todo lo que sea preciso. Han llegado los momentos de volver a continuar nuestro frustrado destino.

JACINTO GRAU

ACTUALIDAD DE CERVANTES

Pronto (1) aparecerá en las tablas de un teatro de París la tragedia española de Miguel de Cervantes *Numancia*. El genio de Cervantes lleva sin contrario su prosa por el mundo entero. Cervantes no ha visto jamás turbada su fama, como lo han sido en otras épocas autores de nombradía parecida. Ello se debe a que Cervantes es quizá el escritor realista por excelencia y que jamás buscó para su expresión ni retorcimientos ni oscuridades más o menos aparentes. Su vocabulario es poco extenso y perfectamente preciso. Cervantes es el escritor más popular de todos los de habla española y en esa fuente bebe su gloria: Quizá por esa misma naturalidad y realismo cuando ha tratado en su teatro de materializar ideas ha recurrido, él dice que el primero, a sacar a escena figuras alegóricas. No intentó inculcar en los personajes oscuros sentimientos difíciles de expresar. Sus héroes dramáticos no alcanzan complejidad psicológica; son encarnación de maneras de ser definidas y claras: caracteres sencillos; y de la trama, al urdirse, tiene que surgir el interés dramático. Con ello entra de lleno en la, que con él empieza a forjarse, tradición española del teatro. Sin embargo, en las diferencias de sus primeras comedias (*El trato de Argel*, *El cerco de Numancia*) con las de su vejez (ya bajo la influencia del cruel Lope) puede distinguirse el paso por una bifurcación en la manera de concebir el teatro y que resolvió Lope con su facundia.

(1) Se estrenó el día 22 de abril en el Teatro Antoine, bajo la dirección de J. L. Barrault, decorados de André Reosson, con la ayuda de la Junta Delegada de Relaciones Culturales.

Es visible en el teatro de Cervantes joven (*La Numancia* debe ser de los alrededores de 1585) un concepto perfectamente clásico y renacentista del teatro que, aun después, le hará protestar de la nueva manera de hacer teatro.

«Véote y no te conozco», le dice la Curiosidad a la Comedia en *El rufián dichoso*.

«Buena fui pasados tiempos,
y en éstos, si los mirares,
no soy mala, aunque desdigo
de aquellos preceptos graves
que me dieron y dejaron
en sus obras admirables
Séneca, Terencio y Plauto,
y otros griegos que tú sabes.»

Esto le llevaba a atacar la falta de unidad de lugar y de tiempo y a defender todo lo defendido por las poéticas más famosas. En *Numancia* la influencia de Séneca es clara en cuanto tiene de acumulación de efectos macabros y teatrales. Sin embargo, la grandilocuencia y el intelectualismo que pierden al cordobés no aparecen en Cervantes.

Cervantes tuvo para sus primeras comedias un buen compañero en Juan de la Cueva. De no aparecer en la escena española un meteoro de la magnitud y magnificencia de Lope, es posible que el teatro español, influenciado por *El infamador*, *El saco de Roma* o *Numancia* hubiese seguido un curso más parejo al del teatro elisabetiano.

El teatro histórico, toda reconstrucción histórica, sólo puede salvarse en cuanto suscita problemas eternos, es decir, actuales. Miles y miles de comedias yacen bien enterradas —es decir, sepultadas en el olvido, y con razón— y en las cuales andan por medio los más extraordinarios capitanes metidos en las más fantásticas hazañas. Y no hay quien las lea por placer o quienes se atrevan a hacerlas revivir. *El cerco de Numancia* fué puesto en escena en Zaragoza en 1808, y con un éxito prodigioso. Todos venían a aplaudir esta resurrección del gran poeta popular. El Ejército francés sitiaba Zaragoza, y el pueblo veía redivivir sus afanes, y cualquiera igualaba Palafox con Teógenes.

El cerco de Numancia no tiene protagonista individual, porque el protagonista es múltiple y se llama ciudad, es decir, pueblo. De *Numancia a Fuenteovejuna* no hay un paso. Lo que en Lope es culminación, es natural en Cervantes. Menos hecho a los regalos e insidias de la Corte, habiendo visto más mundo, despreciado, desconocido en su valer, Cervantes siente, comprende y compone un drama colec-

tivo. Es posible que Cervantes concibiera esta historia trágica de Numancia como un poema épico, y es curioso ver cómo ajusta en cuatro actos una gesta de esta grandiosidad y naturaleza.

Por lo visto, los generales y los conquistadores han obedecido siempre a sentimientos muy parecidos, o mejor dicho, cortados por el mismo patrón. Nadie desdeciría las palabras de Escipión en boca de Mussolini, como nadie hallaría diferencia entre las palabras de los numantinos y las de los defensores de Madrid, si por un mal hado —y voluntad extranjera— se viesen un día encerrados entre sus muros. Cervantes, como siempre, halla las expresiones populares —eternas por populares, populares por eternas— y por carambola histórica multitud de sus frases cobran hoy, sin cambiar un tilde, una curiosísima actualidad. Oigase, si no, Escipión hablar a sus italianos :

«¿Paréceos, hijos, que es gentil hazaña
que tiemblen del romano nombre el mundo
y que vosotros solos en España
lo aniquiléis y lo echéis en el profundo?»

o aún :

«Correos agora, si no estáis corridos
de ver que este pequeño pueblo hispano
contra el poder romano se defiende
y, cuanto más rendido, más ofende.»

o quién no sentirá como propios estos versos :

«No sólo a vencernos se despiertan
los que hemos vencido veces tantas,
que también españoles se conciertan
con ellos a segar nuestras gargantas.»

o ¿quién no tildaría de

«liebres en pieles fieras disfrazados»

a ciertas legiones invasoras? O también, multiplicados los epítetos, no los lapidaría :

«Cobardes sois, romanos, vil canalla,
en vuestra muchedumbre confiados,
no en los diestros brazos levantados,

pérfidos, desleales, fementidos,
cruels, revoltosos y tiranos ;
cobardes, codiciosos, mal nacidos,
pertinaces, etc., etc....»

y en la tragedia se leen consejos de militar veterano, si, como es de suponer, Cervantes se acercaba a la cuarentena cuando estos versos escribía, que no tenemos por qué olvidar :

«Si a militar concierto se reduce
cualquier pequeño ejército que sea,
veréis que como sol claro reluce
y alcanza las victorias que desea,
pero si a flojedad él se conduce,
aunque abreviado el mundo en él se vea
en un momento quedará deshecho
por más reglada mano y fuerte pecho.»

Y más allá, de pronto, el general invasor dice, para que no falte actualidad alguna a la tragedia,

«que tan seguro estoy del enemigo
que tengo más temor al que es amigo.»

Imagen fiel de la desconfianza del capitán de mercenarios frente a un ejército de hombres unidos por una noble idea. Porque en la misma conclusión de la tragedia, en la cual Numancia se da muerte a sí misma, venciendo con la muerte al invasor, vemos a éste dando la muerte, encontrarse con la muerte, que es la fama, y cómo ésta le vence. Vencido por sus mismos trágicos medios, Escipión reconoce su derrota a manos de un jovenzuelo español que, muriendo, puede más que su Ejército incólume.

En la España imperial del siglo XVI un escritor español prejuizgaba las contiendas de hoy y de mañana, si cupiese la posibilidad de que nuestras luchas de hoy no fueran las postreras, contra un enemigo que siempre tendrá las mismas facciones capitales.

Que quien con la muerte juega, y el fascismo hace con la muerte algo más que jugar, acabará quemado en ella, mientras tras él, y en torno suyo, vuelva a surgir, espléndida, la vida.

MAX AUB

DE MIS RECUERDOS

A LA MEMORIA DE LUIS DE TAPIA

Siendo yo muy niño, a mis cinco años, el Ayuntamiento de Málaga acordó titular la calle en que yo vivía, calle de Manuel Altolaguirre. Por aquel entonces, mi cocinera editó mis primeros versos. Su hijo era impresor, el buen Antonio Chaves, que trabajaba doce horas al día ganando tres pesetas, hasta que se murió a consecuencia de una tuberculosis en la garganta. A pesar de trabajar doce horas pidió permiso a su patrono para quedarse un ratito aquella noche, para componer y tirar mi primer poema. Cuando desperté por la mañana encontré sobre mi colcha un precioso pergamino enrollado con cintas de colores, verdadero diploma en cuya orla litográfica se enredaban, según la moda de comienzos de siglo, violetas, pájaros, nenúfares gigantes, todo ello alrededor de una musa con lira y pelo largo. Las visitas de casa elogiaron mucho mi precocidad. «Ha salido a su padre», decían. Mi padre, como Luis de Tapia, fué un escritor festivo. De su vida me contaron muchas cosas. «Era un valiente», me dijo don Modesto, un señor con quien mi padre tuvo un duelo. «Era muy guapo», me dijo en la *Revista de Occidente* don José Ortega y Gasset. «Era un impío», me dijeron en el colegio de los jesuitas. Mi padre fué excomulgado por el obispo de la diócesis. Lo cierto es que trabajaba mucho. Todos los días se publicaba en el periódico su cróniquilla en verso o prosa, y aun hoy son recordadas con gusto sus ocurrencias. El mismo día de su muerte cumplió con su trabajo. En la página en donde se publicó su esquel, su retrato y los artículos necrológicos, apareció su cróniquilla «Yo, cadáver», desesperadamente cómica.

Luis de Tapia ha muerto. He pensado con emoción en su vida. Fué un luchador incansable, un obrero de la pluma, gran escritor, un hombre heroico con valentía humana y literaria. Se atrevía con todo y no se asustaba con los posibles fracasos. Entre el gran público triunfaba definitivamente. Los obreros de mi taller, con admiración y simpatía me preguntaban: «¿Ha leído usted hoy las coplas de Luis de Tapia?». Nunca me atreví a decirles que no. Siempre le tuve envidia.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

LA MUERTE DE GARCIA LORCA COMENTADA POR SUS ASESINOS

Hemos tenido ocasión de leer en el periódico *Unidad*, que editan los falangistas de San Sebastián, un encanallado y enfático artículo titulado: *A la España imperial le han asesinado su mejor poeta*. Se refiere a Federico García Lorca. Suponemos el asombro del lector, que será, sin duda, tan grande como el nuestro. Y suponemos su ira ante tal monstruosidad y cinismo.

Nunca hubiéramos creído que esos escritores lamentables, esos envilecidos «cantores» de Franco, llegasen, en su falta absoluta de honestidad, hasta el punto de glorificar a sus víctimas, cuando creen que esto conviene a sus intereses o a los intereses de sus amos. El mundo entero ha reaccionado con indignación ante el cobarde asesinato, y ellos, por lo visto, han recibido la consigna de embrollar en lo posible este asunto, quemando incienso en torno al recuerdo del poeta muerto, y tratando, en lo posible, de atribuir este crimen a «los rojos».

Comentamos este artículo, no ya para rebatir sus intencionados errores, sino más bien para mostrar lo que es un escrito característico de la «espiritualidad» fascista. Esa falsedad al servicio del crimen, esa mentira dorada, bella vestidura para espíritus mezquinos, que a sí misma se llama «doctrina poética y religiosa de Falange». ¡Con este manto de cielo ya no hay en la tierra negrura que nos manche!

El estilo pomposo, lumínico, tristemente barroco, propio de los seguidores de Eugenio Montes, y esas frases grandilocuentes y retóricas, ocultan una actitud grosera, pedante, un «modo» que quiere ser señorial, muy a la española antigua, gallardo y cargado de plumas, pero que es sólo cursilería, cursilería y zafiedad.

Es curioso leer entre líneas lo que no se quiere decir en este artículo. Comienza el autor expresando líricamente un repentino pesar por el crimen: «Conmovido por esa sucesión de formas que sólo la vida puede ofrecernos, en estos días furiosos de lluvia, de sol encadenado, en lo más íntimo de mi ser ha empezado a dolerme tu muerte». Luego, fingiendo ser un caballero: «Yo afirmo que ni la Falange Española ni el Ejército de España tomaron parte en tu muerte». Y ahí es donde queda lanzado ese germen de confusión que quieren sembrar. En un juramento hecho por «la sangre vertida en un campo de honor».

Luego sigue: «Tus sentimientos eran los de la Falange: querías Patria, Pan y Justicia para todos». No vamos nosotros ahora a explicar lo que ellos entienden, lo que entiende la Falange, por Patria, Pan y Justicia para todos. Lo sabemos

ya de sobra. Y en cuanto a los sentimientos y simpatías de Federico, expresados reiteradamente por él en público y privado, evidentes en su obra y en su vida, eran, como todo el mundo sabe, justamente lo contrario de los de Falange; aunque estúpidamente, con torpe demagogia, este Luis Hurtado, que dice haber sido íntimo de Lorca, y que es en absoluto desconocido para los verdaderos e íntimos amigos del poeta, diga otra cosa. Con el procedimiento usado por un pedante así podríamos convertir inmediatamente en fascista al mismo Lenin. El articulista, por otra parte, no debe quedar muy convencido con sus afirmaciones, pues al decir que Lorca estaría con ellos si viviese, agrega: «La Falange perdona siempre y olvida». Y, naturalmente, eso que le tenían que perdonar a Federico es lo que no le perdonaron, lo que no le perdonarían nunca. Y por eso fué asesinado bárbaramente.

Siguiendo en su risible lirismo, el Sr. Hurtado se arrebató o cae lánguido. Pero topamos de pronto, en medio de su prosa absurda, llena de reminiscencias de todo, con esta frase, con este verso bien conocido: «El crimen fué en Granada». No cabe pensar en una coincidencia casual; el momento escogido y el tono empleado no dejan lugar a dudas: el verso es de Antonio Machado y precisamente del sentido y bello poema que éste dedicó a Federico al enterarse de su muerte. Es un lamento, es una maldición a los asesinos; pero los asesinos cogen estas palabras de dolor auténtico, este verso del célebre poeta, y lo utilizan sin remordimientos. Porque necesitan ahora fingir dolor para que los crean buenos y sensibles. Pero no nos engañan, no engañan a nadie, sus lágrimas de cocodrilo.

Y aún dice algo más este Hurtado: Federico García Lorca no ha muerto, no. Tengamos fe, creamos en el espíritu, creamos en Dios. No importan los pequeños accidentes aquí en la tierra, si tenemos la vista muy alta. Lorca, dice este señor, no ha muerto. No ha muerto, no, dice este falangista de las flechas sobre el corazón. No ha sido asesinado, sino tan sólo que: «Los cien mil violines de la envidia se llevaron tu cuerpo para siempre». Ya lo sabemos: fué la envidia, sí, pero la envidia es ya violines. No son puñales los que entraron en su cuerpo, fueron sólo los violines de la gloria.

Ellos odian el materialismo, son «idealistas». Por eso hablan así. Pero nosotros tenemos una idea bien precisa de lo que significan su lirismo y su grandeza.

Los que nos angustiamos de verdad con la muerte del poeta, sus amigos, compañeros y discípulos, el pueblo entero, los que queremos de verdad Patria, Pan y Justicia para todos, sabemos claramente qué crímenes y qué ultrajes pueden esperarse de esa Falange, de ese Ejército y de esa España negra, vestida de luces, que ha asesinado a Federico García Lorca.

S. B.

ANTE EL 1.º DE MAYO

Una vez más va a celebrarse el 1.º de mayo. Fecha cargada de sentido para los trabajadores de todo el mundo, por cuanto que la llevan en la masa de la sangre, gracias a la sangre vertida para conquistarla.

Para nosotros, trabajadores de todas clases, españoles en guerra con el fascismo internacional, este 1.º de mayo tiene una especial significación: la de sentirnos reincorporados con derecho propio a la historia viva del hombre.

El próximo 1.º de mayo será, indudablemente, una palpitación universalmente española, merced a la solidaridad de todos los trabajadores. En múltiples idiomas, los panaderos y los metalúrgicos, los albañiles y los ferroviarios, los campesinos y los intelectuales—estamos seguros de ello—, van a pronunciar nuestra palabra: España. Como refuerzo moral para nosotros y esperanza luminosa para ellos, todos los pueblos libres del mundo alzarán su voz en homenaje a España.

Entretanto aquí, en España, la palabra más alta, la voz más fuerte, formal y fundamentalmente, será la de la pólvora, la de nuestro pueblo en lucha por la libertad suya y de todos los demás.

El 1.º de mayo no tendrá este año en España, ciertamente, su característico matiz de fiesta, por cuanto que fiesta es conmemoración y nuestro pueblo hoy no conmemora nada, sino que, por la encanijada voluntad voluntariosa de los traidores, vuelve a recorrer todo el camino de la lucha social. Ahora el sentido de fiesta, de fruto alcanzado merced a otras luchas, frente a otras arbitrariedades, está como pendiente, en todo el mundo, de un fallo de superior jerarquía: la del pueblo español, que ha salido al camino de la historia para enderezar sus entuertos.

Será un 1.º de mayo como debieron ser aquellos primeros, y ya lejanos, en los que los trabajadores sabían jugarse su momentánea e insignificante tranquilidad en nombre de una mayor dignidad. Será así, sólo que con unas dimensiones muchísimo mayores y con una tensión dramática, por definitiva, por decisiva, mucho más fuerte: los trabajadores que ahora luchan no pueden ni quieren ni piensan olvidar a los que primero han caído por defender todo cuanto puede simbolizar de triunfo parcial el 1.º de mayo y, al mismo tiempo, por voluntad dramática de ennoblecer con su lucha—con su posible muerte—la conciencia bastarda de un mundo sin heroísmo, de comerciantes satisfechos y tranquilos, que pudiera corromperlo todo.

Y junto a los trabajadores, en su puesto de guerra, con la misma voz grave por la proximidad de la muerte, los intelectuales de aquí, españoles, más unidos que nunca a su pueblo, recogen el sentido de esta lucha como un destino dramá-

ticamente favorable. España, gracias al esfuerzo de su pueblo, ha llegado a ese momento de trance angustioso en el cual el hombre se muestra de verdad dueño de su destino por su esencial voluntad de hacerlo afirmativo. Trance este por el cual la historia *no ocurre*, sino que, gracias al hombre, *se hace* historia humana.

Este año, en España, el 1.º de mayo, por todo esto, tendrá el matiz único que conservan los acontecimientos históricos, que consiguen esa misma y exclusiva categoría. La fiesta de los *trabajadores* (no puerilmente y sin sentido, *del trabajo*) amanecerá en España manchada de sangre, precisamente para que en la historia quede aún más afirmado su sentido de nuevo mundo, de nueva jerarquía, de nuevo estilo.

Estilo que se define, patéticamente, en todas y cada una de las trincheras en las que lucha el pueblo español.

A. S. P.

UN DISCURSO DE WALDO FRANK

Nos van llegando revistas y publicaciones de todo el mundo, dedicadas y entregadas, cada vez más, al pueblo español. Esos mismos hombres que las hacen—todos los intelectuales claros—ignorán, posiblemente, hasta qué punto nos emociona recibir sus palabras impresas, incluso cuando esas palabras corresponden a un idioma lejano, desconocido, y en el que tenemos que ir reconociendo nuestra propia causa entre mares difíciles de letras que, al no tener para nosotros exterior significación, nos parecen letras más descarnadas, más huesudas, distintas.

En lengua española, de nuestros hermanos de América, son ya innumerables las encendidas adhesiones que, unas veces de tipo lírico—como «Madre España»—, y otras, de intención más política, recibimos día a día.

Hoy tengo sobre la mesa el número 8 de «Frente a Frente», publicado en México. Para mí tiene un interés especial: se recogen en él los discursos pronunciados en la «Asamblea de apertura del Congreso de Escritores, Artistas e Intelectuales mejicanos, celebrada el día 17 de enero de 1937». Nos gustan las palabras de Juan Marinello, nos impresionan las palabras de otros muchos, y de pronto, Waldo Frank.

¡Cuánto bien puede hacernos—quiero decir a todos los hombres libres del mundo—una capacidad tan clara y limpia de *espectador*—no se mal entienda la palabra—como es Waldo Frank! Estamos tan hundidos en nosotros, tan metidos en nuestro dolor, en nuestra lucha o en nuestra tristeza, que necesitamos de alguien que *nos vea*. Todos sabemos que no puede compararse el *genio creador* de André Gide con la *simple clarividencia* de Waldo Frank, y, sin embargo,

me veo precisado a confesar que hoy, según nos encontramos en el mundo, quizás nos conviene, quizás nos sirve más una clarividencia que un genio. Pero que no se confunda esta necesidad inmediata, esta precisión nuestra, y sólo de estos minutos, con una necesidad permanente. El genio—aún el más claro, o sea, aún el de Gide—es siempre embrollo, embrollo magnífico, pero embrollo. Y me decido por la palabra «embrollo» para que no se confunda lo que quiero decir del genio con la turbiedad.

Tenía que ser norteamericano—y no porque los norteamericanos suelen ser como Waldo Frank, sino porque la desgracia de no tener pasado es una ventajosa condición para ver el presente—mejor dicho, tenía que no ser europeo quien nos supiese contemplar. Tenía que ser Norteamérica la que nos diese un hombre de tan limpia mirada—ese mismo país, por otra parte, cuna de tanta sosería estúpida—, tenía que ser Norteamérica la madre de un hombre tan desnudo, tan simple. Porque todos hemos señalado en Gide su claridad, su luminosidad—y cito a Gide como ejemplo europeo para que la diferenciación no se me pueda tachar de fácil, ya que Gide es uno de los europeos más sanos, lo cual no significa que sea menos europeo—, todos hemos visto en su obra una transparencia única; pero esa claridad, esa luminosidad, esa transparencia, no es tanto que resida en él mismo, en sus sentimientos, como que la emplea, maravillosamente, para hablarnos. En cambio, Waldo Frank es él y no su obra, es él y no sus palabras, son sus pensamientos, son sus sentimientos los que están en claro.

De ahí que Waldo Frank, cuando nombra a la U. R. S. S., cuando critica a la U. R. S. S. no sólo sabe lo que la Unión Soviética es, sino hasta qué punto le es posible ser lo que quiere, debe y puede llegar a ser; por eso dice:

En dos países de Europa, en que ciertamente se ha podido conservar mejor el tesoro íntimo y vital del hombre contra los desmanes destructores de la época capitalista de transición, la espada ha sido ya empuñada por el pueblo trabajador. No es necesario que yo hable aquí del primero de estos países, el de la Unión Soviética, excepto para manifestar de nuevo mi confianza en su salud fundamental, mi fe en su futuro. Pero sí debo añadir que mi confianza en la Unión Soviética no significa que la considere el estado ideal, la utopía, ni tampoco que estime a los bolcheviques como superhombres sin tacha. Al contrario, los rusos son seres normales, expuestos, como todos nosotros, al error y al fracaso, y apenas han surgido de un pasado de ignorancia política, de primitivismo cultural, de amargas persecuciones, un pasado cuyas huellas aún llevan marcadas. Tengo el mayor respeto por la tarea que está realizando el pueblo de la Unión Soviética, precisamente a causa de su pobre pasado cultural y político. Tengo una mayor fe en la humanidad, porque he visto lo que un pueblo, como el ruso, está llevando a cabo, a pesar de todos los obstáculos.

El otro pueblo de Europa que ha arrebatado la espada para tomarla en sus propias manos, es el pueblo de España. Y España nos importa a nosotros, de un modo hondo, de un modo avasallador, hoy, más aún que la Unión Soviética, por esta razón: España está más cerca de nosotros que Rusia, por la cultura y por la sangre.

Gide, en cambio, no sabe, no está acostumbrado a asistir a la formación de cosas. Sólo conoce dos actitudes: la de *creador* y la de *gozador*. No, no sabe presenciar los reveses y las dificultades de una cristalización. ¡Pero que no se le insulte por esto! O que se le insulte, pero después de comprenderle y amarle.

Saltemos unos párrafos para no hacer de esta nota algo sin fin, y copiemos del discurso de Waldo Frank:

Ya es suficiente, en cuanto al deber de nosotros los artistas, como HOMBRES y como mujeres. ¡Pero qué del deber del artista como obrero, es decir, como artista! Problema es este mucho más complejo, mucho menos al alcance del pueblo y de los propios artistas; sin embargo, es un problema cuya resolución correcta es tan necesaria para el nacimiento de un mundo humano habitable, como es necesaria la estrategia de los sindicatos o de las milicias populares.

Y más adelante:

Ahora bien; hay un gran nombre para designar esta vida que se deriva de la amorosa aceptación de la parte integral de uno en el necesario Todo: ese nombre es «Libertad». Conocer y amar la participación en la necesidad, es ya actuar en ella; y el acto es libertad. El destino del hombre es realizar esta libertad. Toda revolución social no es sino la creación de los medios para el goce de esa libertad. La experiencia del arte es el medio para reconocer lo que es la libertad, para su naturalización como valor—el valor supremo—en las vidas individuales que constituyen el cuerpo social. El arte trae a las vidas humanas, con términos familiares y materiales de una existencia cotidiana, la experiencia de la libertad. El artista puede llamarse el sacerdote de la libertad.

En el marxismo no encontramos nada explícito que contrarie esta versión orgánica; en realidad, yo siempre he argüido que se halla implícito en la concepción general histórica de Marx. Pero no hay nada explícito en las teorías generales marxistas que permita asegurar la subsistencia y funcionamiento de esta visión orgánica. No obstante, sin su vigilancia sobre las acciones del pueblo, éstas pueden malograrse. Marx acertó maravillosamente al hablar de los destinos del proletariado, cuya energía, voluntad y posición le configuran para hacer de él el destructor (en estrecha alianza con otros obreros) de la sociedad de clases—o sea la esclavitud—para siempre. Ante esta doctrina fundamental, como ante otras análogas, me considero un marxista. Pero también una clase puede traicionar y frustrar su propio destino. Los hebreos se llamaron a sí mismos «el pueblo elegido de Dios» con la misión de revelar a Dios al mundo. Pero los profetas (de los más grandes artistas literarios de la antigüedad) demostraron que Israel podía traicionar su misión. De este modo la hondura del concepto de libertad se agregó a su visión; sin ella habría muerto.

Volviendo a nuestros días, esa profundidad de visión, esa vivencia de libertad, por las cuales la historia del hombre se eleva del reino de la necesidad fatal hacia la creación, tiene que ser incorporada a la revolución mundial. De otro modo, el nuevo Nacimiento se malogrará.

Aunque la clase obrera sea la creadora funcional de una humanidad

libre, y por lo mismo contenga la potencial de la libertad, no posee la conciencia de ese eslabón integral entre el hombre y el cosmos, que ES el verdadero núcleo de la cultura humana y la única clave de la libertad humana. Esperar esto, automáticamente, de la clase obrera, es absurdo. Los obreros revolucionarios deben pelear por pan, por el triunfo de su clase: lo intenso de la lucha hará que se reduzca su visión inmediata. Es utópico esperar que el soldado de fila en la lucha de clases o su líder político inmediato, hagan más que marchar hacia adelante para alcanzar nuevas ventajas. La función del artista, precisamente, es articular la lucha particular con la universal, para revelar lo universal del plasma inconsciente de las masas, donde existe potencialmente; e incorporarlo a sus acciones conscientes. Sólo así, la visión orgánica que Marx tenía podrá realizarse. El marxismo, como concepción orgánica de la historia, EXIGE la colaboración del artista.

Y, finalmente, esta invitación a la tarea, que todos debíamos saber de memoria:

Camaradas artistas, nuestra acción en la lucha revolucionaria directa es necesaria; pero no basta; nuestra solidaridad con los trabajadores del campo y la ciudad es necesaria; pero no basta. Tenemos que hacer consciente, articulado y dinámico, en nuestro movimiento, ese sentido de la unidad orgánica de la vida, ese sentido de la totalidad de la vida, ese sentido de la persona como un foco de ese cosmos, de donde brota la profundización de la conciencia, de la responsabilidad y del amor. Sólo así el mundo humano llegará a ser libre para nacer de la agonía de nuestra época. Y esta tarea, con las escuelas bajo el corrompido capitalismo y las iglesias voceras del Anticristo, es el trabajo urgente de los artistas.

Si fracasamos, ¿qué acontecerá? Una revolución, sí; el levantamiento de una clase obrera de las ruinas de un mundo viejo que se desmorona, sí. Pero una revolución hecha por hombres actuando en las tinieblas, propensos a cada momento a los extravíos de la ceguera; una revolución arrogante, rígida, unilateral, desdeñosa, porque no tendrá la conciencia de los valores humanos más profundos; una revolución que sembrará la enemistad entre grandes masas de hombres y mujeres sencillos y que oprimirá la vanguardia de los creadores intelectuales y estéticos. En una palabra, una revolución de ciega necesidad, en la cual el hombre tendrá que luchar, a través de ¡cuántas épocas trágicas!, hacia un nuevo umbral de libertad.

Pero si nosotros los artistas realizamos nuestra obra en «conjunción dialéctica» con los trabajadores, nuestra revolución tendrá que dar a luz un nuevo mundo.

Si Waldo Frank se deja siempre oír de esta manera, puede salvar, no ya nuestro destino de artistas, sino la realización de la revolución toda.

RAMON GAYA

CONFERENCIAS

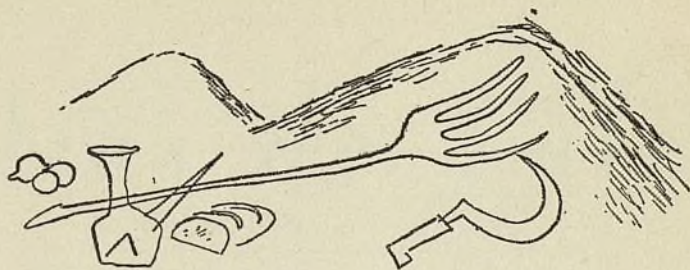
En la Universidad de Valencia, y con la cooperación de algunas personalidades de la Casa de la Cultura y otras, se ha iniciado, en el pasado mes de abril, un interesante «Ciclo de conferencias y cursos breves». Apenas comenzada esta tarea, y aun cuando varios de los profesores no han desarrollado completamente el tema de sus estudios, prometiendo hacerlo en sucesivas conferencias, podemos señalar esta labor como de gran importancia. Algunos de estos trabajos han de ser editados o reproducidos en revistas, y prometemos ocuparnos de ellos más ampliamente.

Ha hablado Dámaso Alonso sobre «Los Héroes Epicos y el Pueblo», primera conferencia de la serie de tres que anuncia. El profesor T. Navarro Tomás, sobre «El espíritu del pueblo en la formación del idioma». El decano de la Facultad de Derecho, don José María Ots y Capdequí, ha dado dos de sus tres lecciones sobre «El elemento popular y las minorías gobernantes en la obra de la expansión española en América». El doctor del Instituto de Lenguas Clásicas del Centro de Estudios Históricos, profesor Julián Bonfante, ha disertado sobre «La cuestión de los arios». Y el profesor Juan Peset, de la Facultad de Medicina de esta Universidad de Valencia, sobre «Las individualidades y la situación en las conductas actuales».

PROHIBIDA LA REPRODUCCION DE ORIGINALES SIN CONSIGNAR SU
PROCEDENCIA

SUMARIO : Antonio Machado : Apuntes y recuerdos de Juan de Mairena. José Bergamín : Pintar como querer. Rafael Dieste : Hispanidad de Valle Inclán. Rafael Alberti : Capital de la Gloria (poemas). Juan Gil-Albert : Palabras a los muertos (poemas). León Felipe : La insignia (poema). Arturo Serrano Plaja : Frente del Centro (testimonios). Angel Ossorio y Gallardo : Defensa de los conservadores. Jacinto Grau : Diario íntimo de estos días... Max Aub : Actualidad de Cervantes. Manuel Altolaguirre : De mis recuerdos. La muerte de García Lorca comentada por sus asesinos. Ante el 1.º de Mayo. Ramón Gaya : Un discurso de Waldo Frank. Conferencias. Antonio Sánchez Barbudo : Días de Julio.

V I S A D O P O R L A C E N S U R A



HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

AVDA. PABLO IGLESIAS, 12 — VALENCIA — TELÉF. 16062

CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO
VILLA. ANGEL FERRANT. ANTONIO
MACHADO. JOSÉ BERGAMÍN.
T. NAVARRO TOMÁS. RAFAEL
ALBERTI. JOSÉ F. MONTESINOS.
ALBERTO. RODOLFO HALFTER.
JOSÉ GAOS. DÁMASO ALONSO.
LUIS LACASA.

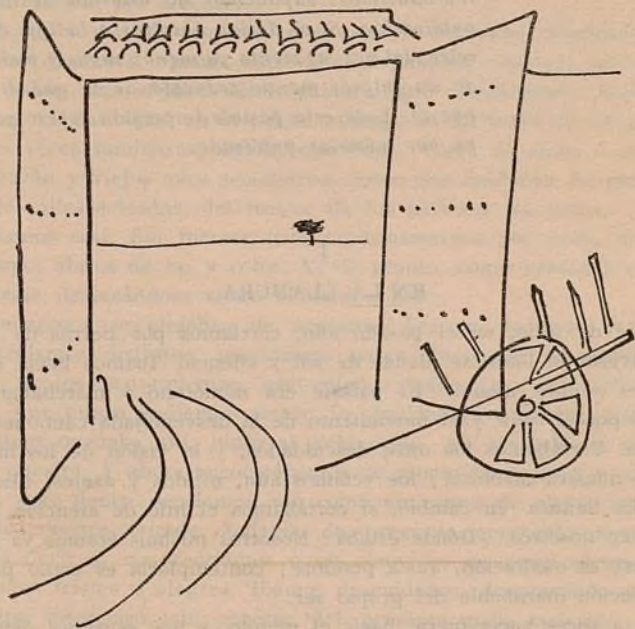
REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE.
A. SÁNCHEZ BARBUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA.

SECRETARIO: *ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO*

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 12 PTAS.
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAISES, 18 PESETAS

Antonio Sánchez Barbudo

Días de Julio



Abril, 1937

En una casa medio derruida, junto a extraños objetos cubiertos de polvo, papeles y retratos, restos todos de una intimidad deshecha, hemos encontrado un manuscrito.

No sabemos quién pueda ser el autor de estas notas que recogen impresiones personales de los primeros días de la sublevación, y son, además, el relato de algunos sucesos ocurridos entonces, insignificantes dentro del mar de sucesos que hoy pesa sobre España. No sabemos dónde se encontrará el autor, no sabemos si quiera si vive.

Por el tono con que están escritas estas páginas que reproducimos, suponemos no estarían destinadas a la publicación. Si al darlas nosotros a la luz, el autor las relea, tal vez las sienta ya menos suyas y piense que son de un interés menos reducido de lo que él había supuesto. Y de esta posible impresión espero yo la disculpa por haberlas publicado.

I

EN LA LLANURA

Una tarde de julio, en el pasado año, corríamos por tierras de Castilla la Nueva, atravesando llanuras llenas de sol y silencio. Íbamos hacia el Sureste, acercándonos a unos montes. El paisaje era monótono y marchábamos medio adormilados por el calor y el movimiento de la desvencijada camioneta que nos transportaba. Cerrábamos los ojos, descuidados, y la visión de los montes permanecía en nuestra memoria; los veíamos aún, nítidos y azules, ideales en su presencia. La llanura en cambio, si cortábamos el hilo de atención hacia ella, naufragaba en nosotros. ¿Dónde estaba? Nosotros mismos éramos ya la llanura.

La llanura es exaltación, ansia perenne; contemplarla es como perderse en la contemplación inacabable del propio ser.

Miramos a veces hacia fuera, hacia el mundo, y nos sentimos dentro de las cosas mismas, asombrados y extáticos. Nos sentimos presos, con un afán—el mundo está prisionero también—, y un día al fin hemos de salir a romper los espejos, a soltar las cadenas y gritar nuestro secreto.

Decir a gritos lo que es íntima voz y representar de un modo gesticulante la propia tragedia, esto es lo que hizo el buen don Alonso Quijano cuando, al

convertirse en loco, en el muy cuerdo don Quijote, se decidió una mañana a salir en busca de aventuras. ¡Salir! Este es el prodigio.

Siempre que hemos contemplado esos grandes corrales tapiados de las blancas casas de la Mancha, con su puerta sencilla que mira al campo, hemos tenido, aún sin proponérselo, que recordar al Ingenioso Hidalgo. Lo hemos recordado, esforzándonos en imaginar el instante de su salida, cuando escapó con el caballo y la lanza desde su patio cercado al horizonte libre. Y esto es lo sublime. Porque más allá de la tupida red que es nuestro apasionado diálogo con el mundo, más allá de los sueños y de los mil hilos de proyectos, esperanzas, abandonos y llamadas vivísimas, más allá y fuera del monótono vivir de cada día, está el mágico instante de romper con todo, cortar el hilo de inútiles palabras o fantasías, e ir, al fin, por un esfuerzo apasionado de la voluntad en vilo, hacia la verdad desnuda, hacia la verdad conquistada duramente, verdad hecha carne y sangre, que no es ya frágil pensamiento sin cuerpo. Salir es el prodigio. Porque el alma escondida espera siempre, pero su gloria es decidirse y escapar. Huir de la prisión por albedrío.

El sol jugaba con las sombras en el interior del coche. Pasábamos corriendo. Alguna flor diminuta, apenas entrevista, dejaba en nosotros latiendo su grito incomprensible, una súplica débil, palabras que olvidábamos. Perdido quedaba también en los rastrojos, en la tierra mínima, en la huella de un pie, el eco de rumorosas voces familiares, claras, conocidas. Voces de aldea o de esparto, de tierno corazón y viejos años pensativos, voces que hablaban de paz o quizás de pasión, de calles soleadas, del frescor de los patios y los pozos.

Dormíamos casi. Sin fuerzas para entusiasrnarnos por nada, nos sentíamos, sin embargo, ebrios de luz y color. Y, de pronto, como unidos a alguna silueta que aparecía destacándose sobre el campo liso.

Los recuerdos se alejaban de nosotros. Por un instante, al entornar los ojos, parecíamos distintos, parecíamos nacer. Pero ese incomprensible lejos, más allá de los pensamientos, ese como extraño lazo extendido en nuestra memoria, que nunca podíamos cerrar, lo olvidábamos también. Aquello que no alcanzábamos quedaba allí, junto al cielo caído. Allí quedaba lo más recóndito del alma nuestra. Y ahora encontrábamos de pronto las manos, y nuestro cuerpo fatigado; pero dentro sentíamos aún como un rumor de eterna fuente; y viva estaba en nuestra mirada, todavía, la pregunta constante y anhelosa. No podríamos decir si nos sentíamos o no aburridos en aquel momento y menos si estábamos tristes o alegres. Ibamos descuidados, descansando vagamente en un mañana impreciso, sin esperar del presente nada concreto y previsible, pero esperándolo todo, esperando algo que pudiera surgir y que la tierra, a cada paso, nos venía prometiendo. Ibamos como indiferentes. A veces no esperar nada, no querer nada, no asombrarse, es la más viva forma de ilusión; como callar es a veces la más justa palabra, y no pedir la expresión más fuerte del deseo. Parecemos serios o cansados, distraídos quizás, pero no, en verdad sólo esperamos, esperamos ardientemente.

Estábamos ya llegando al pueblo al cual nos dirigiáramos. Se veían las primeras casas de labor. Los montes nos llamaban muy cercanos. Ya estábamos *aquí*; y el lugar de donde veníamos quedaba muy remoto. El pueblo éste era un pueblo cualquiera.

Tiene también su encanto llegar a un pueblo cualquiera, si sabemos contentarnos con poco: con un árbol, una plaza o un río, con una vieja que cose sentada, o simplemente con un bar.

Entrábamos por una calle del pueblo. Desde luego se veía que éste era pequeño y de escasa vida. Presentíamos en él largos crepúsculos solitarios y grises. Un enjambre de chiquillos corría tras de nosotros. Había yo calculado mi propio desconcierto al llegar, pero ahora me encontraba sorprendentemente tranquilo. Los gestos de salutación, que ya iniciaba, aunque previstos, eran de una espontaneidad que me maravillaba. El fluir de la vida es un asombro. Y yo ya sabía ésto, pero la propia palabra «imprevisible», que teníamos para designar el raro fenómeno, se deshacía ante la realidad tan viva. Y perdía todo sentido el signo que quería nombrar lo innombrable.

Me decidí al fin a abandonar a ese espectador de mí mismo que llevaba al lado. Parábamos. Iba ya a comenzar la confusión que es el trato con los otros hombres. Abrí la portezuela y sonreí a un señor que nos estaba esperando. Parecía bondadoso y pedagógico. Quise dirigirle palabras cordiales y eficaces, pero me escuchaba yo mismo, extrañamente, y tuve la impresión de que mis palabras, aunque él también las escuchaba, caían en otro lado. El señor pedagogo era sin duda honrado y merecía respeto, pero no podía yo evitar el burlarme un poco de él, y sobre todo despistarle en algunos momentos. Cierto que era más bien un fracasado deseo de cordialidad lo que producía mi ironía.

Al fin vi alejarse a mi amigo. Nuestra relación sería falsa, aunque una chispa de verdad, de auténtica simpatía y comprensión, brotase alguna vez entre nosotros por encima de las fórmulas. Estos relámpagos de humanidad, de excepción, eran los que a mí me gustaba despertar; pero se perdían a menudo frente a un muro de frialdad y en la capa espesa de lo vulgar y cotidiano.

Me instalé rápidamente en la fonda del pueblo. Desde mi ventana contemplaba la tarde que respondía con silencio a mis calladas preguntas. Y una opaca luz en el aire, y vetas de oro cruzando un cielo encarnado, eran testigos de mis lágrimas de dentro, lágrimas que no mojaban mis ojos. Parecía que la tristeza de la tarde estaba en el reflejo amarillento de los cristales o en una silla en la que descansaban los útiles de aseo.

La habitación daba al poniente y un último rayo de sol llenó de pronto el cuarto ensombrecido. Mi espíritu pareció remozarse con el inesperado regalo.

Me dispuse a salir. Proyectaba dar un paseo por la carretera, solo, según mi costumbre, pero retardaba aún el momento, entreteniéndome en colocar cuidadosamente los libros sobre la mesa.

Al fin salí y me encontré pronto en una plaza solitaria. Miraba a unos árboles de verdor suave y descubría al mismo tiempo, como el sonido de un aria que

vuelve, algo extraordinario. Lo que no podía alcanzarse otra vez estaba cerca. Comprendía ahora por qué yo era a veces como distinto de mí mismo: Yo era doble. Había un yo superficial y triste, el que yo veía, el que todos veían, aunque cada uno veía uno diferente, y ese yo no era sino una apariencia, una alusión al yo invisible que quedaba dentro. El yo desconocido y alto, fugaz y alegre como un pájaro. Mi yo triste, mi cuerpo, mi espíritu pequeño, contenía al otro, contenía el entusiasmo y la alegría. Sólo en raros instantes se fundía mi sangre con el aliento vivísimo. Por eso podía sentirme a veces cansado y con esperanza, exaltado y tranquilo, ridículo y grande al mismo tiempo. Porque algo mejor vivía en mí.

Di un paseo por algunas calles, y ya iba a salir a las afueras cuando, súbitamente, me encontré con la noticia. La noticia que aclaraba el significado de todas las palabras sueltas que desde hacía un rato venía escuchando sin entender. Era evidente: «Las tropas de Africa se han sublevado.» «Y algunas guarniciones de la Península, también.» Aún todo no era en mí más que noticias. Palabras que difícilmente se entendían.

Miré a los demás interrogante, pero mi asombro les extrañaba. «El pueblo está en la calle.» Era indudable la importancia definitiva, histórica, que podía tener el momento.

El pueblo estaba en la calle. Yo también estaba en la calle, pero solo, solo y muerto, rendido con mis estúpidas divagaciones.

II

GUERRA CIVIL

Durante unos minutos todavía anduve desorientado. Preguntaba al silencio, y sólo opacas voces, ocultas dentro de mí, respondían. La imaginación cabalgaba. La sangre llamaba a la sangre. Alguien me reclamaba. Recordé amigos íntimos y lugares apacibles, ahora rotos, perturbados.

Ansioso de noticias, me aproximé al grupo que formaban en torno a las mesas de un café, unos señores opulentos y felices. Eran reaccionarios, terratenientes y burócratas, que discutían con animación y hacían chistes, disimulando su inquietud. Sin duda confiaban en el triunfo de los rebeldes. Me dirigí a uno que parecía menos repugnante que los otros, y vi cómo hacía un esfuerzo para reponerse de su risa y contestar de un modo adecuado a mis preguntas, explayadas con toda gravedad. Pero pronto se sintió de nuevo atraído por el barullo soez y me miró, mientras reía una ocurrencia canalla, como invitándome a participar en las bajezas de su espíritu atrofiado. El espíritu común a todos ellos.

Ese respeto y casi reverencia al hombre, esa mirada limpia que apareció en él por un momento como vestigio de antigua hidalguía, ahora ya se había perdido, era nada. Vi sólo al burgués, al burgués grosero con su risa.

Me separé asqueado y triste. Y la preocupación por todo lo que pasaba volvió

a llenarme. Estaba además sin dinero. No podría volverme fácilmente. Salí a la carretera y anduve solitario. Como había pensado. Pero, ¡qué distinto ahora todo!

Encontré de pronto a dos hombres que leían tranquilamente el periódico y que parecieron sorprenderse al verme. Vacilé un instante, pero en seguida les pedí que me dejaran ver el diario. Uno se levantó, amable y azorado, a entregármelo, como disculpándose de tener ese periódico y no otro. Y es que, fiel a su corazón, fiel a lo verdadero, temió sin duda herir algo en mí, presentándose con la máscara de un enemigo político. Pensó sin duda que yo sería de *derechas*.

Por esos milagros de la cordialidad, de la comunicabilidad, había descubierto, instantáneamente, un amigo, y le era difícil admitir, en su fatalismo, que yo fuese además un camarada. Y la duda, en todo caso, tomaba en él la forma de generosa renuncia.

Era fornido, con ese aspecto particular, casi de obrero de ciudad, que tienen los campesinos mecánicos, o los que viajan con frecuencia. En él fué especialmente claro el momento de reverencia profunda a que he aludido. Su compañero, mientras, permaneció sentado; y, más aldeano, más inocente y cargado al mismo tiempo de esa áspera condición española que gusta de romper, por pudor o malicia, los instantes de encantamiento, más tosco y franco, en suma, exclamó socarronamente: «No sé si le gustará...». «Es el que leo siempre», respondí, fingiendo naturalidad. Y me extrañé interiormente de que estas palabras no les produjesen más alegría o sorpresa.

Me dijeron todo lo que sabían del desarrollo del movimiento y me informaron también de que allí había muchos *carcas* señoritos, y algunos *desgraciaos* que andaban tras ellos; pero los trabajadores se agrupaban ya, casi en bloque, en la Casa del Pueblo.

Nos despedimos como buenos camaradas, y yo me encaminé hacia la fonda reconfortado por la existencia de estos amigos.

El balcón del comedor tristísimo se abría pálido al cielo de la tarde ya vencida. A mi mano llegaban los mensajes traslúcidos, amarillentos, deshechos. El drama era más fuerte que las apariencias. El corazón golpeaba; suspendido el aliento. Todo eran claves, llamadas, palabras partidas. Voces de aquí y de allá: dos campos.

Un abismo se abría entre nosotros. El abismo conocido, que ya no se cerraría sino con la muerte. Una nube negra, una pesadilla se extendía sobre todos los campos. Se cerraban las fronteras. España ardía por las puntas, en el corazón mismo. España ardía toda. Los rincones más apartados se conmueven. Y mueren los inocentes, y pagan su crimen los traidores; y las multitudes, amenazadas y enloquecidas, corren, devoran, destrozan. Muerte, muerte sobre España. Muerte y vida lejos aún para mí. Lejos aún como las palabras.

La habitación sonora de voces terribles e inesperadas, y de frases insignifi-

cantes también, se iba ahora abarrotando de curiosos. Nadie podía bien darse cuenta de lo que sucedía. Escuchaban todos embobados. La vieja abuela de la casa con el contento de los niños ante lo incomprensible y remoto. La hija siempre con el mismo gesto y casi con la misma frase de gastado asombro, volcando sobre todo su piedad y fuego maternal, que difuminado, se perdía. «¡Hay que ver, hay que ver qué cosas!» Llegué a creer que su cerebro y su corazón no pasaban de este primer momento de consideración remota; por eso me sorprendió cuando dijo claramente como consecuencia: «¡Y tantos muertos que habrá!» La nieta, una muchachuela, abrió los ojos con pasmo inexpresivo también, e inclinaba el cuerpo sin decir palabra, o nos miraba a todos con expectación aburrida.

El dueño de la casa, aldeano, cazarro y tortuoso, quería estar amable conmigo. Los dos nos disputábamos el manejo del aparato y éramos timoneles de la atención de todos, pero yo observaba con desagrado su tendencia a encontrar Radio Sevilla y a permanecer allí, con ese aire hipócrita del que finge informarse simplemente.

La sala en donde estábamos se llenó de pronto de algo distinto y refinado. Era una señora alta y delgada la que había entrado, de porte distinguido, que llamaba la atención en aquel lugar. Todos parecían conocerla y tratarla con respeto. Doña Encarnación, que así la nombraban, entró descuidada y natural casi, como segura de sí; pero al advertir la presencia de alguien extraño en la reunión, tomó en seguida un aire marcadamente tímido y reservado, de señora que sólo en rara ocasión abandona su aislamiento aristocrático, como queriendo señalar la distancia a que se encontraba con respecto a sus amistades y en qué alto grado de consideración debía yo tenerla; mas su gesto de digna generala, de viuda alejada del mundo, fué poco duradero, pues como en el fondo era una mujer completamente vulgar y pedante, al querer aparentar sencillez se transparentaba la verdadera calidad de su espíritu. Cruzó algunas palabras con otras personas y conmigo mismo y se dispó entonces el manto de lejanía con que había aparecido.

Rápidamente mostró su entusiasmo impertinente, decidido e histórico, por los sublevados. Le irritaba escuchar, aunque sólo fuese un momento, la estación de Madrid. Y adoptaba una actitud retadora ante las posibles discrepancias de alguien. Las frases grandilocuentes y bárbaras de los militares sublevados producían en ella una especie de delirio, delirio diríamos que picaresco. Se sentía coqueta con la emoción *patriótica*.

La palabra burda que escuchábamos, llegando por el aire, por encima de las montañas, desde esas tierras de las cuales se habían hecho dueños los rebeldes, palabras como patadas, sólo dulces para ellos, y ese sabor de tragedia que se extendía por España, cerrándose, me fueron impresionando dolorosamente, y se fué cerrando también mi corazón, dejando dentro la muerte y la renuncia, cortada la esperanza.

Quedé solo y me sentí cobarde, humilde. Y la cobardía quiso convertirse, por

un momento, en amor y comprensión. Quería ver a aquellos que tal vez fuesen pronto los amos, quería entenderlos y descubrir en ellos una chispa de bondad, de razón, de grandeza. Y miré a mi alrededor angustiosamente. Descarté a la respetable señora, pornográfica en su beatería, fácilmente convencible a solas. Y a su hijo, el típico señorito para el cual la vida es fácil: risueño, sportivo, fascista sin convicción, aficionado al baile, criminal y verdugo de puro vacuo. Y a otro, achulado y grandullón, en mangas de camisa, servil y pistolero nato, criado ensoberbecido, que parecía siempre como dispuesto a rechazar la agresión que temía. Los otros, el boticario, el juez, el secretario, eran burgueses agitados, chistosos y con miedo, ciegos, sordos, maniáticos. Luego un coro de campesinos sonrientes y tristes, conscientes en cierto modo de su traición. Y alguna señorita ajena al mundo de las batallas, esperando novio. Seres todos espiritualmente deformados, sin substancia, sin lealtad. Sólo una persona allí era distinta a las demás. Era el marido de la señora histérica y falsamente distinguida; un hombre fuerte, de edad madura, que estaba inquieto y parecía realmente preocupado por la magnitud de los sucesos. Era, sin duda, de derechas, pero me pareció bien intencionado. Y con él comencé a hablar para desahogarme.

Parecía pensar de buena fe y querer en efecto una revolución pequeña que no alterase los fundamentos del Estado burgués. Quería ser sincero. Yo admiraba sus equilibrios para llegar a un extremo sin dañar, siquiera fuese con el pensamiento, ese caparazón bajo el cual se sentía protegido. Le faltaba heroísmo para romper las paredes de su prisión. Aunque una vez dentro se sintiese allí con voluntad noble y generosa.

Poco a poco se fué disolviendo la reunión.

Yo cené solo, amargamente. Renacía en mí la inquietud y volvió la nostalgia, el calor de muerte y sangre, de derrota.

Don Esteban, el maestro nacional que por la tarde había esperado mi llegada, apareció de pronto, amable, invitándome a ir al café. Acepté encantado. Pensé con remordimiento que a no ser por lo excepcional del día, esta misma visita del buen señor me hubiese fastidiado grandemente. Y como compensación a mi presunta insociabilidad, estuve en extremo hablador y cordial con él.

Salimos. En seguida comenzamos a dirigirnos frases hábiles hasta que estuvimos convencidos mutuamente de que, poco más o menos, coincidíamos en nuestras opiniones políticas. «La fonda es terrible —le dije—: todos allí son reaccionarios.»

Llegamos al café humilde donde se reunían los republicanos y socialistas del pueblo. En seguida me sentí acogido por el ambiente. En una mesa estaban mis dos amigos de la carretera. Nos sentamos con ellos. Pronto la tertulia creció, y me presentaron al Alcalde, recio y tostado por el sol, de mirada viva e inteligente. Hablábamos todos con animación. Ellos parecían no temer mucho a lo que pudiera suceder. El bueno de D. Esteban miraba a unos y otros y asentía,

ingenuo y cordial, con su aspecto de buen republicano de siempre. El telegrafista, un muchacho joven, delgado, parecía dominar en sus labios un temblor y esconder al mismo tiempo una afirmación constante que no llegaba a aflorar completamente. Se comprendía que por autenticidad de alma y juventud, estaría dispuesto a jugárselo todo en un instante dado. Un fuego, en contraste con la fría realidad, diríamos que escapaba de él, y lo apreciábamos en sus manos, en la palabra cortés o en la mirada remota.

Todos charlábamos y suspendíamos luego la conversación para escuchar noticias. El estar en grupo nos animaba. Humorísticamente nos disponíamos a pasar malos ratos.

Unos muchachos campesinos escuchaban la radio con vaga expresión, curiosa y alegre, como si estuviesen oyendo el rumor de la gloria. Otros, de aire más despierto, parecían nerviosos, parecían estar como esperando una orden, una consigna para la pelea. La palabra «disciplina» la sentían en su corazón como llamada previa al amor fraterno. Y hasta el mozo que nos servía, marchito ya, fatigado por su trabajo de servir a los que descansaban y absorbido por la realidad pequeña, pero inmediata, de los vasos y las botellas, sonreía de vez en cuando iluminado, como tocado de entusiasmo ante las cálidas palabras de aliento que escuchábamos.

Yo me sentía satisfecho, acompañado. Hombre ante estos hombres. Ir con ellos era ir a la verdad, a la justicia, a la dignidad. Algo último y noble nos acompañaba. Pero había que vencer dificultades, asperezas. Ir con ellos era ir con dolor y esfuerzo: era ir a la lucha y al sacrificio. Ir quizás a la muerte. Aunque una alegría profunda nos uniese. Los otros, en cambio, eran sólo la cáscara de algo: una mentira. Ofrecían blanda almohada y golosinas, aunque el fondo fuese oscuro. Y aun los mismos encantos que brindaban eran a menudo repelentes. Yo tenía ahora que decidir entre unos y otros, ya definitivamente. Pero era indudable: con sólo plantearnos el problema ya estábamos decididos hacia un lado. Hacia el único lado posible, hacia la claridad; si no la vida sería luego como un terrible engaño.

Sonaba de nuevo en la radio la voz de «Madrid». Se comprendía que la gravedad de los sucesos era creciente. La fiera avanzaba a grandes pasos.

Me despedí de mis camaradas. «Tengo un pequeño aparato de radio —les dije— y podré oír las noticias desde mi cuarto, si es que ahora no funciona el aparato grande de la fonda.» Todos me sonrieron, despidiéndome cordialmente.

Salí a la calle. La noche esperaba rumorosa de fuentes, cuajada de altas luces estáticas, indiferentes. Noche ajena a la furia de las almas y al vocerío. La tempestad estaba ya, sin embargo, bien cerca de nosotros.

Ahora otra vez me encontraba solo. La ola de ruidos que sobre España se desencadenaba repercutía pesadamente en mi corazón. Parecía un sueño todo lo que escuchábamos. Mi mano giraba de un lado para otro caprichosamente.

«Sevilla», encendida, jaranera, dramática. «Se está cañoneando el barrio de

Triana, donde resisten los rojos.» Corría el vino, las calles estaban iluminadas. Legionarios, himnos en la noche ardorosa. Y las sevillanas, saliendo de los calendarios, aplaudían a los héroes. Y sonaba una voz grotesca, de alcoba en pie. Y mientras, todo un pueblo acorralado, herido...

Inesperadamente, «Pontevedra». Imaginé a un militar de casino, pausado y metódico, movido ahora a la rebelión. Fingía entereza y entusiasmo, pero sus vivas roncos eran muertos, absurdos. «Las turbas que resistían en el Ayuntamiento han sido cañoneadas.» Era indignante ese lenguaje. Un majadero, *turba* sin duda todo él, insultaba al pueblo valeroso que se defendía de la tiranía hasta morir. Ahora la lectura tenebrosa del documento por el cual se declaraba el estado de guerra. «Cádiz», triste, aprisionado también. Y otras muchas ciudades españolas, bellas y alegres, ciudades que yo conocía.

Ahora las estaciones leales, vibrantes: «Jaén», de pronto, angustiada. Jaén movilizado, en la calle; un río de humanidad. Los Sindicatos, los Partidos, los políticos... Y el pueblo más allá de las palabras. «Mañana al alba hablarán las guadañas.» «Madrid», Madrid conocido, familiar, hermano. Madrid, amplio, esperando. Y «Barcelona» enérgica, y «Valencia»... La voz amiga y la amenaza lúgubre a un milímetro de distancia. Y España, furiosa, agitada, partida por ríos de sangre, cadavérica, expectante. España en vela: corrían hombres, vigilaban, sucumbían. Cabalgaban sobre los campos en la noche.

Estuve hasta el amanecer oyendo el largo gemido mezclado ya a la luz de los fantasmas. Voces, palabras, avisos todavía. Al fin caí dormido.

A la mañana siguiente fui a visitar a mi amigo el telegrafista. Lo encontré preocupado y serio, retransmitiendo afanosamente las noticias que recibía. «Se ha sublevado Albacete», me dijo, y siguió marcando puntos y rayas con rostro de enfado. Pasé un rato abstraído contemplando los golpes del transmisor y el correr de la cinta. Quise al fin marcharme, pero él se opuso diciéndome: «No, no, quédese, quédese.» Y a partir de este momento fué más explícito, aunque aún hablaba con reserva y tono misterioso. Se temía una sublevación de los guardias civiles en combinación con los fascistas. Mi amigo se levantó un instante y observé que llevaba una magnífica pistola en el bolsillo.

Ya tarde llegó el Alcalde y luego otros varios hombres. Comprendí que esperaban sin duda el golpe y que tomaban medidas para defenderse. El alcalde iba de un lado para otro. Lo dirigía todo: daba órdenes, enviaba recados y hacía preguntas.

Yo me sentía aislado. Le llamé aparte. Quería hablarle y lo hice. Manifesté mi ferviente deseo de que contaran conmigo para lo que dispusieran. Yo estaba con ellos, quería luchar con ellos si era preciso. Y aunque él no me conocía, yo podía ofrecerle determinadas garantías... «¡Bien, bien! —exclamó abrumado—. Descuide». Pero yo no estaba seguro de que, en efecto, me tendría en cuenta. Todos se iban ya disgregando. Al fin me dijo, casi enojado: «¡Váyase usted tranquilo, hombre!»

Me volví a la fonda nervioso y exaltado. Aún parecía que era todo como un juego o una fantasía, algo que había de pasar pronto. Almorzaba distraído, perdido en pensamientos inexpresables y vagos. Pero de pronto sucedió una cosa extraordinaria: Oí que alguien extraño preguntaba por mí. Me levanté y conduje hasta mi cuarto al hombre que traía un recado. «Que dice el Alcalde que si quiere usted ir al Ayuntamiento», me gritó el mensajero. Y como yo quedase pasmado, se despidió.

Quedé perplejo durante unos minutos. Me llenaba de asombro y de temor, pero también de contento por saber bien cierto que iría. Iría allí, con ellos, fuera de las sombras, fuera de la paz mortal y del silencio. Dejaba la pasividad: me iba. Me iba llamado por mis compañeros.

La casa del Ayuntamiento estaba cerrada. Llamé, y me abrieron después de observar por la mirilla. Allí se encontraban todos mis conocidos de la mañana, y los de la noche anterior, más otras personas. Me sentía emocionado entre todos ellos. Nada quise preguntar. «Qué, ¿no quería usted estar con nosotros? Ya estamos aquí todos», dijo el Alcalde siempre humorista y enigmático. «Así es y se lo agradezco a usted», le respondí.

Don Esteban me informó de lo que sucedía: la guardia civil había comenzado a hacer detenciones, y los fascistas se paseaban armados. Se esperaba de un momento a otro que viniesen a detener al Alcalde y a varios concejales.

Alguien que llegó, habló secretamente con él. La noticia que le dió pareció desagradar a éste. Quizás esperase armas o alguna otra ayuda, pues después de vacilar un rato, exclamó: «¡Bien! ¡Estamos solos! Mejor será avisar a los del campo para que no vengan. Así no caerán en la ratonera.» «Debemos huir todos», dijo uno. «¡Yo no me muevo de aquí!», respondió el Alcalde. «¡Que yo sepa, todavía no ha pasado nada!», gritó como haciendo un reproche a los excesivamente nerviosos.

Contaban las armas. Había varias escopetas, más el revólver del telegrafista. Yo contemplaba a todos cuidadosamente. D. Esteban tenía ese aire ligero e insignificante del que espera un tren en el andén de la estación. Me impresionaba verle tan dispuesto a la partida. Había llegado para él también el momento de la prueba. Y había respondido como un valiente, desde su vejez, desde su moderada pedagogía. Extrañábamos en él la falta de maletín o paraguas.

Del telegrafista podría decirse que iba a morir, o a matar tal vez, dentro de un segundo. Los que llevaban la escopeta al hombro —amiga querida— se comprendía que tirarían bien y a gusto cuando llegase el momento, serenamente, aunque pasasen miedo. Y mi amigo de la carretera blasfemaba, protestando de lo desamparados que nos encontrábamos.

El Alcalde siguió dando órdenes y mandando recados a caseríos y tierras cercanas. Un alguacil llamó súbitamente y entró precipitándose hacia él. «¡Han detenido a don Blas y a Mariano! ¡Los civiles vienen ya para acá!», dijo des-

compuesto. «Debemos salir antes de que nos rodeen», advirtió un concejal. «¡Espera, hombre, espera! ¡Vamos a ver qué quieren esos señores!», contestó el Alcalde, mientras preparaba su escopeta de dos cañones.

Todos los que iban armados hicieron lo mismo e inmediatamente se situaron al lado de los ventanucos y rendijas que daban a la calle. Don Esteban y yo nos miramos consternados. «Pónganse a un rincón y no se apuren. ¡Ya cogerán escopeta si cae uno!», nos dijo el Alcalde a modo de arenga. «¿O es que quiere usted salir?», añadió, grave, dirigiéndose a mí. Yo protesté vivamente. «No se apure, en seguida saldremos todos. Sólo es para demostrarles un poquito que estamos vivos», dijo mirándonos maliciosamente.

Los civiles golpeaban ya en la puerta. Otros esperaban unos pasos más atrás con los fusiles dispuestos. Yo mismo pude verles, asomándome cautelosamente por una reja que había sobre la puerta principal y que daba entrada al zaguán donde nos encontrábamos. Nadie respondió a las primeras llamadas. Pero luego el Alcalde preguntó al fin malhumorado: «¿Qué hay, hombre, qué hay?» «¡Abrid, o haremos fuego!», respondieron desde fuera los civiles con voz no muy firme. «¡Váyanse ustedes al cuartel a esperar lo que yo ordene!», gritó. Y yo recordé al portugués del cuento, pero la cosa no estaba para chistes. Hubo una pausa. Los que habían de disparar desde dentro acabaron por situarse convenientemente. Fuera escuchamos unos pasos y al fin una descarga enorme, y luego otra, y otra, y disparos sueltos; mas el edificio era sólido, y sólo alguna bala logró entrar por las pequeñas ventanas, sin causarnos bajas. Las escopetas funcionaban metódicamente. «¡Un guardia ha caído!», gritó el que disparaba por el montante subido en una escalera y protegido por el muro. «¡Salgamos pronto! ¡Nos van a rodear!», se gritó. «Por la azotea a la casa de doña Cristina», agregó otro. Pero el Alcalde disparaba aún y todos esperaban sus órdenes. Se hizo el silencio al cabo de un rato y al fin nos mandó salir. El, y el de la claraboya, se quedarían todavía entreteniéndolos.

Salimos precedidos por varios hombres armados. El telegrafista, pistola en mano, iba tras de nosotros. Llegamos fácilmente a la azotea. Desde allí veíamos el campo cercano, limpio de tricornos. Los guardias no tardarían en aparecer por la calle que dominábamos. Llamamos a los de abajo y cuando llegaron saltamos a la casa de al lado y de ahí, por un corralón, salimos a la calle desierta que daba al campo. Todo había resultado lo mejor posible.

Apenas habíamos abandonado la calle cuando apareció a lo lejos un grupo de guardias y luego aparecieron otros, por un costado, y comenzaron a disparar. Corrimos hasta alejarnos unos cien metros. Los guardias, protegidos tras la última casa y diseminados por el terreno, avanzaban tiroteándonos sin cesar. Nuestras escopetas también funcionaban de vez en cuando. Las balas silbaban ya muy cerca y tuvimos que echarnos al suelo. ¡Qué angustia de muerte cercana durante unos minutos!

Protegidos por algún pedrusco, o tirados simplemente sobre la tierra, nuestros escopeteros obligaron pronto a los guardias a protegerse. Nosotros, mientras,

seguimos alejándonos del pueblo, a rastras o corriendo largos trechos. Cuando nos hubimos separado unos doscientos metros más esperamos a los que venían disparando y seguimos luego corriendo todos juntos, pues antes nos habíamos dispersado, instintivamente, para ofrecer menos blanco.

Seguimos marchando con alguna precaución, aunque más confiados ya. Comentábamos con calor los pequeños incidentes de cada uno. Y así caminamos dos o tres kilómetros hasta llegar al lugar que se había designado para que se congregasen los que estaban trabajando en el campo. Algunos de éstos se habían dirigido hacia el pueblo al oír las detonaciones y los encontrábamos ahora por el camino. El punto de reunión era al otro lado del río, cerca de un monte. Pronto llegaron a juntarse más de cuatrocientos hombres y algunas mujeres que escuchaban agitados y con indignación lo que se les contaba. Muchos eran partidarios de que volviésemos en seguida al pueblo, dispuestos a llevarnos por delante a guardias y fascistas. Pero el Alcalde decidió otra cosa. Se enviaron varios emisarios a pequeñas aldeas cercanas para avisar, e informarse también de lo que allí sucedía, y además para que nos trajesen algo de comer.

Los que quedamos subimos monte arriba hasta una planicie en donde habíamos de pasar la noche. Ibamos alegres casi, entre el grupo de gente. Un íntimo contento de vivir, vivir con otros y para otros, nos dominaba. Hablábamos y nos comprendíamos bien. Confiábamos mutuamente. Entre nosotros había un lazo de fe y abnegación.

Se hacía de noche. La luna besaba los campos donde se escondía la muerte, y acariciaba ásperos picachos.

El telegrafista, D. Esteban y yo formábamos un grupo. D. Esteban, familiar, descosido. El telegrafista, mudo, con sus ojos de lumbre. Y de aquí para allá, andaba el Alcalde, bondadoso y autoritario. Los demás formaban grupos, de pie, o tumbados sobre la tierra. Vigilaban. Alguno meditaba.

Al fin llegó pan y vino en abundancia y pudimos alegrarnos y esperar confiados el nuevo día; y hasta nos dispusimos a dormir. La noche, sin embargo, en el silencio, seguía lúgubre, como recogiendo ese dolor que exhalan las almas atormentadas, ese dolor que no cesa, que reaparece siempre, superior a todo olvido. Estábamos lanzados, lanzados lejos, a la muerte, al terror. Todos, calladamente, pensábamos en la paz y en la tranquilidad perdida. Pero luego un impulso más fuerte nos llamaba al sacrificio. No podríamos ya salvarnos sino por nuestra victoria, a través de la amargura, del desvelo y de la sangre.

Cuando despertamos nos encontramos más serenos, disipadas las sombras. En cierto modo estábamos ya habituados a nuestra situación.

Nos aventuramos a marchar por caminos y aldeas cercanas. Y pronto empezaron a llegar las noticias alentadoras, felices, definitivas. Noticias que nos llenaron de júbilo e hicieron crecer nuestro entusiasmo hasta la locura. En el pueblo cercano de X, nos dijeron, los obreros se han hecho dueños de la situación, dominando a los sublevados. En otro varios puntos había ocurrido lo mismo. Y,

en otros, los fascistas estaban sitiados y les era imposible toda salida. Además, el movimiento militar se había aplastado en las calles de Barcelona.

Horas después nos cruzamos con una camioneta de soldados que, enarbolando bandera blanca, llegaban de Madrid. Eran de los licenciados por el Gobierno. Se habían escapado de la matanza en el cuartel de la Montaña. Ellos nos contaron el fracaso de los rebeldes, el asalto heroico hecho por el pueblo, y cómo habían muerto muchos paisanos fascistas y los jefes y oficiales traidores. ¡El pueblo estaba en la calle y los había juzgado!

¡El pueblo había reaccionado! Estábamos salvados. Nada podría detenernos. La victoria sería nuestra.

Corríamos de un lado para otro, nos comunicábamos impresiones, llorábamos de alegría. Era difícil ya contener a nuestros hombres. Pero el Alcalde pudo conseguir un plazo. Se fueron a buscar fusiles a X. A las cuatro de la tarde llegaron quince hombres armados de fusil y más del doble con escopetas. En tromba corríamos hacia el pueblo, del cual habíamos salido hacía sólo veinticuatro horas.

Nuestro Alcalde seguía siendo el capitán.

Cuando estuvimos a menos de un kilómetro se hizo el rodeo, se repartieron bien fusiles y escopetas. Al lado de cada hombre armado iban varios para coger el arma si éste caía y para hostilizar con piedras a nuestros enemigos cuando estuviésemos cerca. Se acordaron los objetivos y se dispuso, en suma, el plan. Se hicieron breves arengas. Aunque ya inútiles. Todos, lo único que deseaban, era comenzar.

A menos de doscientos metros se inició el fuego. El avance fué rápido. Muchos de los nuestros lograron introducirse en el pueblo y hostilizaban a los civiles, parapetados dentro. La resistencia de ellos en ciertos puntos fué grande, pero al fin todos fueron cayendo o se vieron obligados a retirarse. Algunos escaparon.

Se disparaba ya en las calles, en las casas. La lucha era sangrienta, terrible. Murieron muchos de los nuestros. Pero dominábamos al fin. Sólo en el cuartel resistían unos pocos y comenzó el asedio metódico y furioso, inexorable.

Nuestros hombres corrían enloquecidos por las calles y encontraban a sus familiares y amigos muertos, o desangrándose en el suelo. Vi al telegrafista, brillando en sus ojos la exaltación que en él ya antes se presentía, pero lo vi altivo y puro, noble, queriendo salvar la vida de los que tanto le habían odiado. Y vi a D. Esteban vagando de aquí para allá, anonadado, infeliz. Y al Alcalde sereno y fuerte, imperativo.

Despejada allí la situación me dispuse a partir cuanto antes. El Alcalde me facilitó un coche. En poco tiempo llegué a la capital de provincia más cercana. Logré algún dinero prestado y un salvoconducto y pude continuar mi viaje hasta Madrid. Por el camino, a la entrada y salida de los pueblos, nos paraban obreros y aldeanos, pintorescamente armados.

Corría, corría hacia Madrid. Los campos encendidos y sangrientos queda-

ban a la espalda. Iba al ambiente más conocido por mí. Allí la conmoción y la novedad serían otras. Me extrañaban los trajes, los gestos y las conversaciones que aún subsistían de antes. Y me inquietaba ver en las gentes, transformadas, los rasgos de su vida anterior. Por encima de lo conocido, de lo cansado y áspero de la realidad pequeña, nos sentíamos todos distintos, porque un soplo de algo extraordinario nos llenaba.

Madrid estaba apacible. Sólo en insignificantes detalles notábamos la huella del trastorno sufrido. —«Ayer, ayer sí que hubo tiros»—oí decir cuando llegué. Las calles amplias, de trágica mudez, aludían a esa grandeza que llenaba los corazones.

Fuí al café en el cual habitualmente nos reuníamos un grupo de amigos. Estaba desierto. Todo allí era calma y vacío, que hablaban del ruido y de la agitación más lejos. Doblaba ya el día suave, testigo de ciegos heroísmos. Nuestros hombres corrían enardecidos por los campos. Avanzaban por todos los lados.

Ya iba yo a salir cuando entró de pronto mi joven amigo. Venía desconocido, roto, polvoriento, con el fusil en la mano. Nos abrazamos. Llegaba de la Sierra, en donde el enemigo se había estrellado contra una muralla de hombres. —«Están ya encajonados»—me dijo—. «Los hemos metido dentro del túnel». Sus palabras eran de otro planeta. Acostumbrábamos nosotros a hablar del Hombre o de nuestros clásicos o a gastarnos bromas inocentes.

Ahora íbamos hablando por la calle a voces, accionando, pero ya no llamábamos la atención de los otros, como antes en el calor de nuestras charlas sutiles.

«¿Cuándo vuelves a la Sierra? Quiero ir contigo—le dije—. Fero necesito un fusil, ¡un fusil!». —«Es imposible, imposible casi ahora»—me respondió, desilusionándose.

Pasábamos frente al Ministerio de la Guerra. Una larga cola de hombres, ya maduros, y de muchachos, obreros en su mayor parte, esperaban junto a la reja del jardín, o sentados en el suelo, rendidos de cansancio. ¿Qué hacen ahí?—pregunté. —Esperan armas, esperan órdenes y un fusil; lo mismo que tú.

Sí, lo mismo que yo. Estábamos en marcha. El triunfo tendría que ser nuestro. Amanecería ese mundo que desde niño yo había presentado.

Hasta el aire parecía otro. Una certeza de gloria, de gloria aquí en la tierra, pareció posarse en los edificios rojos de sol, o perderse a lo largo de las calles melancólicas. Certeza de que la vida es alta y encierra una promesa.

Y la palabra oculta de la vida nos pareció que llegaba con el recuerdo de los muertos, con el aliento de los héroes caídos.